



Avances en la comprensión y el acompañamiento de la transexualidad infantil

Aingeru Mayor

Capítulo del libro:
*Manual integrador hacia la despatologización
de las identidades trans*
Editorial Akadia
Argentina, 2018
www.editorialakadia.com

El texto que aquí se presenta es una versión revisada y actualizada del capítulo del mismo título publicado en el libro “Manual integrador hacia la despatologización de las identidades trans” (Ed. Akadia, Argentina, 2018). En el mismo se expone de manera fácilmente comprensible la mayoría del conocimiento y de las reflexiones que he podido recoger y elaborar en los últimos años sobre la realidad de la transexualidad en la infancia. Está dirigido tanto a familiares como a profesionales de distintos ámbitos (educación, psicología, pediatría...) que quieran poner un poco de luz para poder acompañar esta realidad.

Muy poco después de terminar de escribirlo y entregarlo para su publicación sucedió algo que nos hirió de muerte: Ekai, uno de los chicos de nuestra Asociación decidió acabar con su vida. Aquellos días, con lágrimas en los ojos y el corazón roto, nos comprometimos, junto a su *ama* y su *aita* (su madre y su padre), a seguir adelante, a seguir trabajando (no desde el dolor, sino desde el amor: desde el amor hacia nuestras hijas e hijos) por un mundo donde no tengan que decidir morir, por un mundo que tenga sitio también para ellas y ellos, por un mundo donde puedan vivir, donde puedan ser; por un mundo mejor, más justo, más bello...

Espero que este texto sirva para avanzar en esa dirección.

Ekairen omenez.
Ekai, gure samurai, maite zaitugu.

En homenaje a Ekai.
Ekai, nuestro samurai, te queremos.

Aingeru Mayor
Donostia, 27 de septiembre de 2018

Puedes encontrar este texto
y otros recursos para comprender y acompañar la transexualidad infantil y juvenil en:
www.chrysaliseh.eus

Avances en la comprensión y el acompañamiento de la transexualidad infantil

Aingeru Mayor

Sexólogo, padre de dos niñas (una con vulva y la otra con pene)
y miembro de Chrysallis Euskal Herria¹

“Cuando mi hija pequeña tenía alrededor de dos años, y pensábamos que era un niño, un día que le puse una ropa muy bonita, le dije: ‘¡Qué guapo estás!’. Su respuesta fue: ‘Ama, apo no..., japa!’. No sabía casi hablar y ya sabía que ella era una niña.”²

1 Introducción

Hasta hace muy pocos años la transexualidad infantil, es decir, la existencia de niñas con pene y niños con vulva, no solo era invisible, sino que además era impensable. No se hablaba de ello porque, en realidad, no había siquiera capacidad de pensarlo. Por ello, nadie escuchaba lo que estos niños y estas niñas expresaban. Es más, se les hacía callar, se les corregía, se les castigaba. Y por supuesto sufrían. Crecían sin poder ser quien eran, encerrados en el disfraz que se les había impuesto.

La transexualidad, en todo caso, era considerada una cosa de adultos. Vista como una enfermedad mental, como un delirio, como un vicio, como una perversión. Confundida con el travestismo y la homosexualidad. Asociada a la prostitución, a las drogas... Cuestiones que nada tienen que ver con la infancia... y que, en realidad, nada tendrían que ver tampoco con las personas adultas transexuales si no fuese por el hecho de que la sociedad las ha marginado, discriminado, rechazado. Se les ha echado de casa, se les ha dificultado el acceso al trabajo, se les ha insultado y agredido, se les ha asesinado. Se les ha negado su identidad una y otra vez. Las vidas de las mujeres y hombres transexuales han estado llenas de sufrimiento. Hay un dato estadístico que a las madres y padres de niñas y niños en situación de transexualidad nos interpela y nos aterra: la tasa de intentos de suicidio entre adultos transexuales es del 41%³ (mientras que entre la población general es de un 1,6%). Casi uno de cada dos ha intentado suicidarse alguna vez en su vida. Terrorífico. Cuando echan la vista atrás, estos hombres y mujeres transexuales que hoy son adultos nos hablan de infancias perdidas.

“Busqué a personas transexuales adultas para hablar con ellas. Les hacía sólo dos preguntas: ‘Desde cuándo lo sabes y cómo fue tu niñez’. Todos me respondían que desde siempre y que sus infancias fueron terribles. Yo no quería eso para mi hija.”

1 [Chrysallis Euskal Herria](#), asociación de familias de menores transexuales. Los diferentes recursos a los que se hace referencia a lo largo de este texto se pueden encontrar en su página web: www.chrysalliseh.eus

2 Los fragmentos en cursiva que aparecen a lo largo del texto son testimonios de madres y padres de la Asociación Chrysallis Euskal Herria.

3 Grant et al. 2011. [“Injustice at Every Turn. A Report of the National Transgender Discrimination Survey”](#).

Afortunadamente para quienes ahora son niñas y niños, a día de hoy podemos ya pensar esta realidad, comprenderla y, por lo tanto, acompañarla. De hecho, estamos conociendo ya la primera generación de niñas y niños en situación de transexualidad que están pudiendo vivir su infancia con su identidad sexual respetada y aceptada. Y estamos viendo que esas niñas y niños sonríen, juegan, crecen...

Como veremos mas adelante, hay ya investigaciones que corroboran lo que las familias que han decidido acompañar a sus hijos están observando: cuando se acepta su identidad, los indicadores de calidad de vida de estos niños se asemejan a los de cualquier otro de su misma edad. Y esto empieza a dibujar una conclusión que cada vez parece más clara: el sufrimiento no lo ocasiona su condición, sino la negación de la misma.

Los cambios que se están dando en los últimos años abren un nuevo tiempo. Estamos pasando de la ignorancia al conocimiento. De la negación a la aceptación. De las lágrimas a las sonrisas. De la oscuridad a la luz. Estamos entrando en un nuevo tiempo, un tiempo en el que estas niñas y niños van a poder vivir sus vidas como el resto de niños y niñas. Estos cambios se están produciendo a un ritmo vertiginoso: en el estado español han sucedido en menos de 10 años.

Por supuesto, hay un precursor de estos cambios, que es la lucha realizada en las anteriores décadas por los hombres y mujeres transexuales adultos, lucha que se desarrolló con mucha dificultad puesto que encontraron muy poco apoyo social. Habría que subrayar el movimiento internacional *Stop Trans Pathologization*⁴ que en la última década ha puesto en la agenda pública la necesidad de despatologizar la transexualidad, sacándola como trastorno mental de los *manuales diagnósticos*⁵ y reclamando la dignidad que se les debe a las personas transexuales. Otro elemento facilitador han sido los avances sociales conseguidos tanto por el movimiento homosexual como por la lucha feminista.

Pero ¿qué ha hecho que en el estado español en menos de 10 años se haya dado un salto que seguramente podemos denominar como “histórico”? Considero que hay dos elementos claves que lo han hecho posible. Por un lado, el desarrollo de una conceptualización sexológica que posibilita comprender la identidad sexual y los hechos de diversidad sexual. Y, por otro, la irrupción de familias que además de escuchar a sus hijas e hijos, deciden unirse, establecer redes y crear asociaciones de familias.

La conceptualización sexológica se la debemos a Efigenio Amezcua, director del Instituto de Sexología Incisex⁶ de Madrid, quien ha desarrollado un marco teórico, pionero en el ámbito internacional, para comprender el *hecho sexual humano*, que posibilita entender y explicar *lo que sucede a los seres humanos por el hecho de ser sujetos sexuados*. Más adelante expondré algunas de las nociones básicas del mismo, y quiero adelantar aquí una idea muy sencilla que es clave para empezar a entender la realidad de estas niñas y niños: “Una cosa es lo que se tiene y otra cosa es lo que se es”.

La creación de las redes de familias ha sido el motor de este cambio histórico. Quiero subrayar la importancia que tuvo en ello la gran labor que realizó Eva Witt, quien, tras constatar que no existía apenas información ni apoyo para acompañar el tránsito de su

4 www.stp2012.info

5 DSM (de la American Psychiatric Association) y CIE (de la Organización Mundial de la Salud).

6 www.sexologiaenincisex.com

propio hijo, se puso en marzo de 2012 a ayudar a otras familias que lo necesitaban, al principio de Andalucía y muy pronto de todo el estado español. Cuando había ya atendido a más de 100 familias, puso en marcha en junio de 2013, junto a unas pocas de aquellas familias, la Asociación estatal de familias de menores transexuales Chrysallis⁷, lo que supuso el inicio de un movimiento que ha resultado revolucionario. Esta asociación ha crecido de manera exponencial hasta las más de 700 familias que la componen hoy en día, y a partir de ella se han ido creando asociaciones territoriales (como Chrysallis Euskal Herria⁸, creada en 2015, y que agrupa a día de hoy a casi ya 100 familias de Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya y Álava) que posibilitan trabajar de manera más cercana tanto con las familias, como con las diferentes administraciones locales y autonómicas. Además, por todo el territorio estatal han ido surgiendo otras asociaciones y entidades de apoyo a esta realidad: Fundación Daniela⁹, Arelas¹⁰, Transhuellas¹¹, TTCórdoba¹²...

La labor que se está realizando desde las asociaciones de familias es inmensa: ofreciendo acompañamiento a las familias, trabajando con las instituciones para conseguir cambios administrativos y legislativos, visibilizando esta realidad y divulgando información a través de los medios de comunicación, creando recursos... Su fuerza es arrolladora y la razón de ello la expresan muy bien las palabras de Ares Piñeiro, hombre transexual y activista¹³: “Antes éramos hombres y mujeres luchando por nuestros derechos. Ahora son padres y madres peleando por sus hijos e hijas. Y eso, eso no hay quien lo pare”.

La presencia de la transexualidad infantil en los medios de comunicación del estado español ha sido en los últimos tiempos una constante, sobre todo tras la emisión del documental “El sexo sentido”¹⁴ de TVE en 2014. La campaña de Chrysallis Euskal Herria de 2017 “Hay niñas con pene y niños con vulva” fue otro punto de inflexión en la socialización de esta realidad. Además los medios informan, cada vez más, con mayor conocimiento y respeto. Si hace 10 años nadie hablaba sobre transexualidad infantil, a día de hoy, en todos los hogares del estado español se ha escuchado en uno u otro momento algo sobre esta realidad, lo que hace que madres y padres tengan alguna referencia que, si es su caso, les posibilite escuchar a sus hijas e hijos. Si añadimos a ello tanto los recursos de acompañamiento que ofrecen las distintas asociaciones y ya algunas administraciones públicas, como la bibliografía y los recursos didácticos de que se empieza a disponer y la información que se encuentra a través de internet, el panorama para las familias que a día de hoy tienen que gestionar esta situación es mucho más halagüeño que el de aquellas familias que hace 10 años no tenían nada y aún así decidieron caminar adelante *sin red*.

Nos encontramos en un nuevo tiempo. Un tiempo que nos ofrece una realidad que hasta ahora no se había dado: niñas y niños que expresan que su sexo no es el que se les

7 www.chrysallis.org.es

8 www.chrysalliseh.eus

[Euskal Herria](http://www.chrysalliseh.eus), también denominada País Vasco, significa literalmente “país del euskara” (el [euskara](http://www.chrysalliseh.eus) es la lengua vasca), y la componen siete provincias: en el estado español, Álava (Araba), Vizcaya (Bizkaia) y Guipúzcoa (Gipuzkoa), que conforman la Comunidad Autónoma Vasca, y Navarra (Nafarroa); y en el estado francés, Baja Navarra (Nafarroa Beherea), Labort (Lapurdi) y Sola (Zuberoa),

9 www.fundaciondaniela.org

10 www.asociacionarelas.org

11 <https://www.facebook.com/asociaciontranshuellas>

12 <https://www.facebook.com/TTCordoba>

13 <http://www.erespetuz.org>

14 www.rtve.es/television/20140609/documentos-tv-sexo-sentido/951341.shtml

suponía y son escuchados, se les acepta su identidad sexual y se les acompaña desde el respeto y el cariño.

Por tratarse de una realidad nueva, sería importante que hiciésemos un acto de humildad y reconociésemos que hasta hace muy poco tiempo no sabíamos casi nada sobre la transexualidad en la infancia y que ahora que empezamos a saber algo, lo que sabemos aún es muy poco. Que, sobre todo, tenemos mucho que aprender. Y el conocimiento va a ser fundamental, porque la principal causa de la negación de la transexualidad es el desconocimiento de la misma.

2 Comprender para poder acompañar

El objetivo de este apartado es exponer con sencillez un acercamiento teórico a la realidad de la transexualidad infantil, recogiendo y sintetizando ideas y planteamientos (incluyendo muchas de sus formulaciones literales), tanto del marco conceptual del *Hecho Sexual Humano* desarrollado por Efigenio Amezúa¹⁵ en el Instituto de Sexología Incisex¹⁶, como de las aportaciones para la comprensión sexológica de la transexualidad de Joserra Landa¹⁷, y de la aplicación del marco general del *Hecho Sexual Humano* a la realidad concreta de la infancia y transexualidad elaborada por Samuel Díez Arrese y Almudena Herranz¹⁸.

En la mayoría de los casos los chicos tienen pene y las chicas tienen vulva. Por eso, en el momento del nacimiento se miran los genitales para *suponer* cual será el sexo del recién nacido, cuál será su identidad sexual. Cuestión que sólo podremos conocer con certeza cuando, con la conquista del lenguaje, a partir de los dos años, empiece a hablar y a expresarse, afirmando “Soy un niño” o “Soy una niña”. Porque la identidad sexual no se puede adivinar *desde fuera del sujeto*; sólo puede ser expresada *desde dentro*. Y en todo caso lo que *desde fuera* se puede hacer es escuchar esa expresión y, a partir de ahí, aceptarla y acompañarla, o cuestionarla y negarla.

El hecho de que la mayoría de los niños tenga pene y que la mayoría de las niñas tenga vulva, ha llevado a pensar que siempre es así. Y no solo que es siempre así, sino que *esa es la razón* de que sea así: que alguien es niño o niña por los genitales que tiene.

Pero ese *razonamiento* es incorrecto y de hecho, si usamos la razón, no es difícil entender que la identidad sexual, que tiene que ver con procesos mentales, no se encuentra en los genitales. De hecho, si un chico perdiera el pene en un accidente, a partir de entonces no tendría pene, pero por ello nadie dudaría de que seguiría siendo un chico.

15 “[La letra pequeña de la educación sexual](#)” (Revista Española de Sexología RES, 107-108, 2001)

16 www.sexologiaenincisex.com

17 Desde hace más de 20 años ha atendido y acompañado a hombres y mujeres transexuales, ha investigado esta realidad y ha elaborado reflexiones que han posibilitado a muchas familias comprender la realidad de sus hijas e hijos. Sus textos “[Términos, conceptos y reflexiones para una comprensión sexológica de la transexualidad](#)” (Anuario AEPS nº 6, 2000) y “[Género genital o la obligación legal de estar genitualmente clasificado](#)” (en “Genus, genitales y generación”, Ed. Isesus, 2013) han sido durante años una referencia en la materia.

18 A la espera de que en breve realicen una publicación donde expongan un primer balance de sus investigaciones para posibilitar la comprensión sexológica de esta realidad, podemos encontrar algunos textos breves suyos en: www.sexologiaenredessociales.wordpress.com/tag/transexualidad

En algunas ocasiones quien suponíamos que era un niño (porque tenía pene) resulta que es una niña (porque expresa que lo es). Y viceversa. Hablamos de transexualidad infantil para referirnos a esas niñas y niños a quienes al nacer, tras la observación de sus genitales, se les supuso un sexo equivocado. Son niñas que tienen pene y niños que tienen vulva. Ni su cuerpo ni su mente están equivocados. Son así. De la misma manera, hay mujeres con el pecho plano o con vello facial o con cromosomas XY, y hay hombres con voz aguda o con grandes pechos. Y es que todas y todos tenemos, en diferentes medidas, rasgos de ambos sexos.

La transexualidad no es ni una enfermedad ni un trastorno ni una anomalía. La transexualidad es un hecho de diversidad sexual. Y lo que un niño o una niña en esta situación necesita, como todos los demás, es que su entorno sea capaz de escucharle, de aceptarle y de amarle tal y como es.

2.1 Algunas nociones sexológicas básicas

El *sexo* hace referencia al hecho de ser *hombres* y *mujeres*. Mejor dicho, al hecho de *ir haciéndonos* hombres y mujeres, puesto que se refiere a un proceso, el proceso de sexuación, por el que nos vamos sexuando a lo largo de toda la vida, todas y todos, con rasgos de ambos sexos.

Muchas veces se usa el adjetivo “sexual” cuando se quiere decir “genital” y hay quien llama “sexo” a los “genitales”. Y así resulta que, como dice Efigenio Amezúa, *los genitales no nos dejan ver el sexo*. Si queremos comprender la realidad, es imprescindible dejar de confundir nociones: una cosa son los genitales y otra el sexo. Una cosa es lo que se tiene y otra cosa es lo que se es.

Ser niño, ser niña, tiene que ver con la *autopercepción*¹⁹ que cada quien tiene de sí, con cómo se identifica. No es tanto una cuestión de *sentirse* (“Me siento niño”, “Me siento niña”) sino más bien de *saberse* (“Me sé niño”, “Me sé niña”). Esto comienza a expresarse de diferentes formas incluso antes de poder hablar, y a través de la palabra a partir de la adquisición del lenguaje. Sólo se puede expresar en primera persona del singular (“Soy niño”, “Soy niña”) y su razón reside en la propia subjetividad (“Soy niña porque sé que lo soy”, “Soy niño porque sé que lo soy”). Ese saberse niña o niño no reside en los genitales y los genitales no lo determinan. Tampoco es ni una decisión ni una elección.

“Le pregunté: ‘Cariño, ¿qué quieres? ¿vestir como un chico o ser un chico?’ Y me dijo: ‘No quiero ser un chico. ¡SOY un chico!’”

Sobre ese saberse niño o niña, sobre esta autopercepción, y en diálogo con la mirada de los demás y el contexto social, se irá construyendo de manera biográfica la *identidad sexual*, es decir, la peculiar manera de ser el niño o la niña que soy. La identidad sexual va a ir desarrollándose y evolucionando, va a ir *haciéndose* a lo largo de toda la vida. Y se va a ir *construyendo* sobre ese hecho que, por lo que vamos conociendo, es inmutable: la autopercepción, el saberse de uno u otro sexo.

Así como hay rasgos que no tienen nada que ver con el sexo (por ejemplo, el color de los ojos), hay otros rasgos que sí tienen que ver con el sexo: son los caracteres o *rasgos sexuados*. Llamamos *masculinos* a aquellos rasgos que se dan más frecuentemente en

19 Joserra Landa lo denomina “autosexación”.

los hombres que en las mujeres, y *femeninos* a aquellos rasgos que se dan más frecuentemente en las mujeres que en los hombres. Que se den más frecuentemente no significa que se den siempre. De hecho, significa justamente lo contrario: que no se den siempre. Por lo tanto, masculino no significa “lo de hombre”, ni “lo de los hombres”, ni “lo propio de los hombres”. Ni femenino significa “lo de mujer”, ni “lo de las mujeres”, ni “lo propio de las mujeres”.

Masculino y femenino hacen referencia a un continuo, el continuo de los sexos, que dibuja una infinita gradación entre lo más masculino y lo más femenino. Y cada rasgo sexuado se encuentra en algún lugar de ese continuo. No hablamos de nociones absolutas, sino relativas: *lo femenino* siempre hace referencia a *lo masculino*, porque lo femenino existe sólo en relación a lo masculino (y viceversa).

Algunos de estos caracteres tienen que ver con rasgos anatómicos. Por ejemplo, una mayor densidad de vello en el rostro se da más frecuentemente en los hombres que en las mujeres, y por eso decimos que es un rasgo más masculino. Por supuesto, hay hombres sin pelos en el rostro, y mujeres con mucho vello. Otros caracteres sexuados tienen que ver con las maneras de expresarse, comportarse, vestirse, con los gustos... (por ejemplo, llevar faldas y la manera de llevarlas, llevar el pelo más corto o más largo y la manera de peinarse, llevar tacones, pintarse los labios, las maneras de caminar, etc.) Estos rasgos estarán influenciados por las costumbres y usos sociales.

La teoría de la *intersexualidad* explica que todos los sujetos sexuados se sexúan en masculino y en femenino, que todas y todos tenemos, en diferentes medidas, rasgos femeninos y rasgos masculinos. Cada sujeto sexuado es el resultado de una combinación única y peculiar de rasgos femeninos y masculinos y esto nos hace diferentes unos de otros, y a la vez parecidos. La intersexualidad es la clave que mejor posibilita comprender y explicar todos los hechos de diversidad sexual.

Cada sociedad establece una serie de *expectativas* sobre *cómo son* las niñas y *cómo son* los niños, en relación a sus comportamientos, actividades, gustos, maneras... Estas expectativas se convierten en imposiciones: *los niños son y han de ser* de una manera, y *las niñas de otra*. Estas imposiciones dificultan que cada quien pueda desarrollarse *como es* y generan sufrimiento. Estos papeles que se asignan, se imponen y se exigen son los *roles sexuales* (también llamados *imposiciones o roles de género*) y, de diferentes maneras, a quien no los cumple se le castiga. Estas imposiciones pasan por encima del hecho de que los niños no son *de una manera* y las niñas *de otra*. Y no tienen por qué serlo. Que cada niña y cada niño es diferente en su manera de serlo. Que cada niña es niña a su manera. Que cada niño es niño a su manera.

En la *construcción* de la identidad sexual van a tener un gran peso esas expectativas e imposiciones de género. Estas imposiciones *de fuera hacia adentro* van a ir moldeando la identidad sexual que se construye sobre ese saberse niña o niño, sobre esa autopercepción que se expresa *desde dentro hacia afuera*. Pero alguien no es niña porque se le haya educado para que lo sea. Eso sí, su forma de ser niña estará muy condicionada por todas esas expectativas e imposiciones. En los hogares donde hay niñas y niños en situación de transexualidad, sus madres y padres les criaron y educaron según el sexo que se les suponía, les *construyeron* como el niño o la niña que pensaban que era. Pero la fuerza arrolladora de su saberse niña o niño, desbordando esas imposiciones, demuestra que la construcción social no es la razón de que sean niña o niño.

2.2 Otras realidades cercanas

Hay algunas otras realidades que podemos considerar cercanas a la transexualidad y que merecen ser conocidas y necesitan ser visibilizadas.

- Hay niñas y niños cuyos genitales no se parecen ni a un pene ni a una vulva, o se parecen a ambos²⁰. Y también quienes no tienen genitales. Su identidad sexual, igual que en el resto, no la definen sus genitales. En su caso lo que sucederá en el momento del nacimiento es que la *prueba genital* no va a servir a la hora de suponer el sexo al recién nacido, por lo que se intentarán buscar otros indicios sobre los que realizar dicha suposición. Algo que se ha venido haciendo en estos casos es, sobre la suposición de su futura identidad sexual, intervenir a los recién nacidos para *ajustar* quirúrgicamente los genitales a lo que los médicos dictaminan *cómo deben ser*, siendo estas prácticas más que cuestionables.
- Hay quienes no se sienten niñas ni se sienten niños; por lo tanto, si no se identifican ni con lo uno ni con lo otro, y siguiendo el razonamiento que ya hemos expresado, no son ni lo uno ni lo otro. Evidentemente son, como el resto, sujetos sexuados que expresan y desarrollan rasgos masculinos y rasgos femeninos; entre otros, unos u otros genitales. Eso sí, no expresan identidad sexual alguna²¹. Entre las muchas dificultades con las que se encuentran, está el hecho de que ni siquiera el lenguaje les ofrece posibilidades de nombrarse (y por lo tanto, además, han de hacer frente a la amenaza de que “lo que no se nombra no existe”). Quienes no son ni niña ni niño, sienten malestar cuando los demás les clasifican como niña o niño, y desean no ser clasificados, al contrario que las niñas y niños transexuales que anhelan ser clasificados, eso sí, correctamente.
- Hay niñas y niños que en sus modos, maneras, gustos, comportamientos, etc. difieren de las expectativas de género, convenciones e imposiciones sociales y culturales sobre cómo *debe ser* un niño o cómo *debe ser* una niña. Es el caso de los niños a quienes le gusta jugar con muñecas, maquillarse, vestirse de princesa, etc., o las niñas a quienes les gusta jugar a peleas o a fútbol, a quienes no les gusta llevar faldas, que prefieren el pelo corto, etc. Son niñas y niños a quienes por su manera de ser se les va a intentar corregir, se les va a apercibir, castigar, señalar, marginar...²² A veces esta realidad se confunde con el hecho transexual, y va a ser imprescindible diferenciar ambas situaciones, puesto que sus necesidades son diferentes.

2.3 La importancia del lenguaje

Cuando se habla de transexualidad nos encontramos con algunas expresiones que

20 Para designar esta realidad, en los últimos tiempos se ha usado el término “intersexualidad”, uso que, una vez más, lleva la idea de sexo o sexualidad a los genitales. En este texto estamos usando el término “intersexualidad” tal como se acuñó a principios del siglo XX y es usado desde el marco sexológico, para referirnos al hecho de que todos los individuos tenemos rasgos de ambos sexos (y, por tanto, todas y todos somos intersexuales).

21 Con motivo de la existencia, minoritaria pero cierta, de esta realidad, hay quien ha puesto en duda la misma existencia de los sexos o de sus identidades. Ahora sí, que haya quien no es ni niña ni niño, no significa que no existan las niñas y los niños, o que no deberían existir. Lo que significa es que hay niñas y niños (que además pueden tener unos u otros genitales) y que también hay quien no es ni lo uno ni lo otro (en este caso, también, al margen de los genitales que tenga).

22 Se castiga con mucha más intensidad a los *niños femeninos* que a las *niñas masculinas*.

dificultan la comprensión. No nos referimos aquí a su uso cuando una persona está hablando de sí misma, puesto que la expresión de la propia vivencia nunca es cuestionable. Nos referimos al hecho de usarlas para describir la realidad de la transexualidad o hacer referencia a ella. Por otra parte, hemos de añadir que hay personas para quienes estas expresiones resultan ofensivas e hirientes.

- "Niños (o niñas) nacidos en un cuerpo equivocado". ¿Cómo va a ser equivocado el cuerpo de alguien, su cuerpo? El cuerpo ni es ni no es equivocado. El cuerpo es. Y cada cuerpo es como es. Diverso, porque no hay dos cuerpos iguales. Decidir qué cuerpos son buenos y cuáles no, qué cuerpos son correctos y cuáles equivocados, qué cuerpos valen y cuáles no, es algo que no tiene que ver con la observación objetiva de la realidad. Si hay algo equivocado, en todo caso, será la mirada de la sociedad, la mirada de los demás: esa mirada llena de juicios.
- "Una niña con cuerpo de niño" (o al revés). Si es una niña, su cuerpo es el de una niña, el de esta niña: por lo tanto, su cuerpo es un cuerpo *de niña*. Es una niña que tiene pene (como la mayoría de los niños). Y su pene será un *pene de niña*. Porque es el pene de una niña.
- "Genital de hombre" o "Genital de mujer". Una vulva será *de mujer* si pertenece a una mujer, y será *de hombre* si pertenece a un hombre.
- "Un niño que quiere ser niña" (o al revés). Ser niña o niño no es una cuestión de voluntad, no se elige. No es "lo que quiero ser", sino "lo que soy". En todo caso, lo que estos niños y niñas *quieren* es que los demás *les vean*, que les vean como la niña o el niño que en realidad son. No es "quiero ser niño", sino "quiero que los demás acepten que soy un niño".
- "El sexo biológico". Muchas veces se usa esta expresión para referirse a los genitales, y en ocasiones también a los cromosomas o a niveles hormonales. Pero esa expresión mezcla diferentes sexuaciones sin tener en cuenta que, por ejemplo, hay mujeres que tienen cromosomas XY y que tienen vulva, o mujeres con cromosomas XX y niveles de testosterona mayores que la media de los hombres... De hecho, hablar de "sexo biológico", "sexo psicológico", etc. no genera más que confusión. Lo que observamos son diferentes rasgos que se van sexuando, como hemos señalado, en una y en otra dirección, en masculino y en femenino. Mejor haríamos en hablar de sexuación cromosómica, sexuación gonadal, sexuación genital, etc. Y si hablamos de "el sexo", sólo tendrá sentido hacer referencia al sujeto en sí, y no a partes o porciones del mismo.
- "Operación de cambio de sexo". Esta expresión que se suele usar para referirse a las intervenciones de modificación genital, es del todo incorrecta. Se puede cambiar la morfología de los genitales, pero el hecho de que alguien sea un hombre o sea una mujer, eso no se puede cambiar. Y mucho menos operar. Como podemos observar, una y otra vez se confunde el sexo con los genitales. Esos genitales que una y otra vez no nos dejan ver el sexo.
- "Hombres, mujeres y transexuales" o "El tercer sexo". Las mujeres transexuales son mujeres y los hombres transexuales son hombres. No son *otra cosa*. Hablar en esos términos niega su identidad y afianza aquello que les aboca al sufrimiento: que no sea reconocido que "soy el hombre que soy", que "soy la mujer que soy".

Hay dos términos, “normal” y “natural”, que se emplean como dispositivos moralizantes que establecen lo que está *bien* y lo que está *mal*, lo que *debe ser* y lo que *no debe ser*. Cuando hablamos de *lo que es normal* o de si algo es *normal* caemos en una trampa muy peligrosa. Puesto que, casi sin darnos cuenta, pasamos de la normalidad de la *distribución estadística*, a la normalidad de la *norma moral*. Es decir, de *lo que suele ser* a *lo que debe ser*.

Por lo tanto, generamos un discurso en el que todos aquellos fenómenos que son minoritarios, no deben ser. Y esto lleva a intentar *ajustar* todo para que entre en la norma, para que sea normal. Hagámonos cargo que si hablamos de *lo normal*, entonces damos por bueno que existe *lo anormal*. Es más, que todo lo que no es normal, es anormal.

De igual manera, se suele hablar de *lo natural*, entendido como *lo que es porque debe ser así, porque sigue las reglas de la naturaleza*. Y es curioso, porque la naturaleza lo que hace una y otra vez es generar diversidad. En ocasiones también se usa la expresión *lo natural* en contraposición a *lo cultural*, y tendríamos que preguntarnos si en el sujeto humano se puede separar lo natural de lo cultural.

Seamos conscientes de la importancia de las palabras y de cómo pequeños matices pueden suponer mucho. Observemos, por ejemplo, estas frases, dichas desde la aceptación de la identidad expresada: “Es una niña *aunque* tenga pene” o “Tiene pene, *pero* es una niña”. Ambas afirmaciones *ponen una pega*, contraponen niña y pene, señalan (sin explicitarlo) el pene, como algo que no cuadra, que no debería estar. En realidad estas expresiones no terminan de aceptar (ni de comprender) esta realidad. Qué diferente es decir “Es una niña *y* tiene pene”, afirmación que describe la realidad tal como es y, además, afirma y reafirma esta realidad. Cuánta diferencia hay entre la concesión o contraposición que expresan un “pero” o un “aunque”, y la afirmación que expresa un “y”.

Observemos también la diferencia entre decir “Es un niño sin pene” y decir “Es un niño con vulva”. La primera afirmación señala una falta, falta que no está en la realidad sino en la mirada, en lo que se espera. La segunda afirmación recoge la realidad tal como es y además la pone en valor. Cuánta diferencia entre la carencia de un “sin” y la afirmación de un “con”.

Querría añadir algún apunte sobre el uso del término “transexual”. Usarlo como sustantivo (“los transexuales”, “un transexual”,...) lleva a que no *veamos* a los sujetos de los que estamos hablando, y a que veamos sólo una de sus características, sustituyendo el todo por una parte y haciendo que sea la transexualidad lo que les defina. Y esto conlleva una negación del sujeto.

Lo que, en todo caso, puede tener sentido es usar “transexual” como adjetivo que acompaña a un sustantivo (“menores transexuales”, “hombre transexual”...). Pero quizás sería también conveniente reflexionar sobre su uso como adjetivo. Por un lado, porque tenemos que tener cuidado en no caer en el juego sucio del uso que se le ha venido dando como etiqueta diagnóstica. Por otro, porque a veces convierte dicho adjetivo en lo único que importa de esa persona. Y si nos referimos a la infancia, además, porque en la mayoría de los casos, las niñas y los niños no necesitan dicha etiqueta, e incluso les puede suponer un obstáculo en su desarrollo. Y es que, si se me permite la expresión, *no son transexuales*: son niños y niñas. De hecho, así es como ellas y ellos lo expresan. No dicen “Mamá, soy transexual”. Lo que dicen es “Mamá, no soy una niña, soy un niño” (o al revés). Otra cuestión será en la adolescencia o en la edad adulta, cuando “transexual” o

“trans” les sirva como etiqueta *política* para hacerse un lugar en el mundo o como herramienta de reivindicación y de lucha.

Siendo consciente de la importancia del lenguaje y no habiendo encontrado una formulación que resulte del todo satisfactoria, para hacer referencias genéricas hablamos de “niñas y niños en situación de transexualidad”²³, aunque me hago cargo de que esta expresión puede dar a entender, equivocadamente, que sea una situación pasajera, cuando es una condición permanente. Por facilidad de comunicación y para hacer referencia genéricas, usamos también “niñas y niños transexuales” (si bien habremos de cuidarnos muy mucho de afirmar que tal niño o niña *sea* transexual o no).

La expresión “niñas con pene y niños con vulva” es quizás la expresión que mejor describe esta realidad. Es una formulación objetiva y fácilmente comprensible, que lleva a mirar la realidad directamente, sin juzgarla ni etiquetarla. Poniendo al sujeto y su identidad en el centro “hay niñas y niños”, y el hecho de tener pene o vulva como una de sus características. Esta sencilla y potente expresión además hace caer muchas de nuestras estructuras mentales. Y en el necesario camino de *desgenitalizar la identidad*, posibilita dar el primer paso que va a ser explicitar que una cosa son los genitales y otra la identidad.

Como afirma Samuel Díaz Arrese, la transexualidad debería dejar de ser una *unidad diagnóstica*, y convertirse, en todo caso, en una *unidad epistemológica*. Es decir, una unidad de conocimiento estructurado que haga referencia y estudie una realidad específica: la de aquellas personas a quienes al nacer, mirándoles los genitales, les supusieron un sexo equivocado. Una realidad específica que engloba vivencias muy diferentes, vivencias tan diferentes como diferentes son una persona de otra.

3 Acompañar en el hogar

Para reflexionar sobre cómo acompañar a las niñas y niños en situación de transexualidad quizás lo primero de todo sería preguntarnos cuál entendemos que es nuestra función en su crianza y educación, independientemente de si la identidad expresada coincide o no con la que suponíamos.

Si el objetivo de la educación es que los hijos hagan y digan las cosas que sus padres quieren, que tengan los gustos que los padres consideren adecuados, que en el futuro sean médicos o modistas porque la tradición familiar así lo establece y así deciden los padres que ha de ser... entonces la función de los padres será prohibir algunos gestos y maneras, algunos juegos y aficiones, algunos espacios y tiempos, e imponer otros. No según el criterio y las necesidades de la criatura, sino según el criterio del padre o de la madre que será quien se arroge el derecho de ir decidiendo no sólo lo que le conviene o no, lo qué ha de hacer y lo que no, sino incluso cómo ha de ser esa niña o ese niño. Cómo ha de ser y qué ha de ser. Una educación así (hay quien la llama *educastración*) cuya función es moldear cómo han de ser los niños y niñas, aunque parta de la voluntad de cuidar y de contribuir al bienestar, dificulta el desarrollo personal y además genera sufrimiento.

23 Expresión puesta en circulación por Samuel Díaz Arrese:
<https://sexologiaenredessociales.wordpress.com/2013/07/04/dar-el-protagonismo-a-los-sexos>

Hay un camino que parece mucho más sensato, fértil y amable: el del acompañamiento desde una actitud de cultivo. Se trataría de promover potencialidades y posibilitar que cada quien pueda ir desplegando su peculiar manera de ser; de poner las condiciones para que puedan ir construyéndose como seres únicos y peculiares; de poner en valor el hecho de ser diversos.

¿Qué razón hay para impedir que alguien, por el hecho de ser niña o de ser niño, juegue a muñecas o a balón, se ponga pantalones o faldas? Ojalá aboliésemos las imposiciones de género, o por lo menos las flexibilizásemos, para que si una niña juega al fútbol o se corta el pelo o se sube a los árboles, esto se integre como cualquier otra opción; o que si un niño juega a princesas, o se pone coletas o si decide usar braguitas, lo pueda hacer. No sólo sin que se le castigue y señale, sino como una opción posible más. No sólo que se le permita, sino que se valore y cultive.

Si se dejase de asfixiar a niñas y niños con las imposiciones de género, las crianzas serían no sólo más relajadas y felices, sino mucho más posibilitadoras de diversidad, dando lugar a muchísima más creatividad y desarrollo del potencial humano.

3.1 La necesidad de ser visto

Las niñas y niños en situación de transexualidad necesitan que se respeten sus juegos, sus gustos a la hora de vestir, cómo llevar el pelo.... igual que el resto de niñas y niños. Pero lo necesitan también porque muchas veces estas van a ser las maneras con las que van a intentar expresar quién son mientras su identidad no sea vista y aceptada. Su manera de subrayar “quien soy yo”, cuando su *yo* no está siendo *visto*. Por eso, forzarles a vestir una u otra ropa, obligarles a llevar el pelo largo o a cortárselo, quitarles juguetes... va a significar, además, la negación de su identidad, de su ser niña o niño.

Por eso, en su caso, no va a ser suficiente con posibilitar esas expresiones, porque hay otra necesidad que requiere ser atendida y es vital: la necesidad de *ser visto* (o *ser vista*), la necesidad de *ser reconocido* (o *ser reconocida*). La necesidad de *ser* a través de la mirada del otro. Y, no lo dudemos, estamos hablando de la necesidad de ser. Para desarrollar la propia personalidad, necesito verme y reconocirme en la imagen de mí que me devuelve el espejo que son los otros.

Estas niñas y niños necesitan ser vistos, y esto ha de pasar por el desarrollo de nuestra capacidad de verlos. Y cuando digo *ver*, digo *ver ese niño donde yo antes veía una niña* (o al revés). Y es que mientras yo vea una niña, no estoy viendo al niño que me está hablando, que me está suplicando que lo vea.

“Cuando finalmente le cortamos el pelo, se miró en el espejo y nos dijo: ‘Este soy yo. ¿Ahora me veis?’ “

Para poder comprender lo que nos expresan estas niñas y niños, es más, para poder escucharlo, hace falta tener conocimiento. Si en mi marco de ideas no cabe la posibilidad de que alguien tenga pene y sea una niña, resultará casi imposible que pueda escuchar aquello que me está expresando quien yo pienso que es mi hijo, cuando me dice que ella es una niña. Por eso va a ser tan importante la divulgación de información básica sobre transexualidad, para que cuando en un hogar un niño o una niña lo necesite, sus padres hayan escuchado alguna vez algo sobre esta cuestión y tengan así la capacidad de escuchar lo que está expresando.

3.2 Escuchar, comprender y aceptar

La expresión del hecho de ser niña o niño es a veces verbal, y a veces a través de gestos, ropas o juegos. A veces es muy clara (“No soy una niña, soy un niño”) y otras veces, no tanto. Las primeras observaciones de comportamientos y expresiones no esperadas, se suelen vivir con asombro, como algo puntual, como un juego. Si las actitudes del entorno son de negación, sea de manera más suave o con castigos, puede que el niño o la niña se esconda o disimule quien es, lo que siente...

Cuando la expresión de la propia identidad sexual no resulta clara, a veces el hecho transexual se confunde con la realidad de las chicas y chicos cuyos *comportamientos difieren de las expectativas de género*, y va a ser imprescindible diferenciar ambas situaciones, puesto que sus necesidades son diferentes. Expresiones como “Yo quiero ser niño” o “Yo quiero ser niña” son ambiguas y señalan un deseo que puede estar expresando dos situaciones bien diferentes:

- La no aceptación por parte de los demás de esos comportamientos que difieren de las expectativas de género: “Soy un niño pero si fuese niña me dejarían tranquilo jugar a princesas, que es lo que a mí me gusta. Por eso, me gustaría ser una niña.”
- La dificultad para expresar la identidad con claridad. Si se ha dado una negación persistente por parte de los demás de la propia identidad expresada (“Tú *no eres* una niña”), y se ha negado no sólo quién es, sino la posibilidad de serlo (“Tú *no puedes ser* una niña”), esto puede llevar a perder la capacidad de explicarse a sí mismo, a integrar y asumir los argumentos sociales y a expresar su identidad no ya desde la afirmación, sino desde el deseo: “Como me han hecho saber que no puedo ser la niña que soy, entonces tendré que ser un niño, que es lo que me dicen que soy. Pero a mí me gustaría poder ser la niña que yo creía que era: me gustaría ser niña”.

Cuando la expresión de la propia identidad sexual es ambigua y es difícil comprender qué es lo que se está expresando, va a ser fundamental propiciar las condiciones que vayan llevando a que esa expresión pueda ser más clara. Para ello, hemos observado que hay dos claves que posibilitan avanzar en esa dirección: por un lado, la escucha activa y, por otro, la transmisión de conocimiento sobre los hechos de diversidad. Existe una *palanca* muy valiosa y sencilla para abrir este camino: transmitir con claridad que se puede ser niño y que te guste ponerte vestidos; y que también se puede ser niña y tener pene (y a la inversa). Como veremos más adelante, la transmisión de esta información se puede facilitar usando recursos didácticos.

A veces madres y padres temen que dar conocimiento pueda influenciar o empujar al niño o niña hacia un lugar u otro, y es importante aclarar que el conocimiento lo único que hace es abrir un marco en el que el niño o la niña puede dar sentido y poner palabras a su sentir, a su ser. Para que, tras las negaciones e imposiciones que le habían llevado a no poder comprenderse y explicarse, se le posibilite que sea *pensable* su propia identidad sexual y su manera de ser, y que la pueda expresar con claridad: “Yo soy niño” o “Yo soy niña”.

Para cuando la familia empieza a *sentir* que “hay algo que no cuadra”, estas niñas y niños, llevan tiempo ya, no sólo dando señales de que algo pasa con su identidad, sino expresando malestar de manera constante y persistente. De hecho, muchas madres y

padres de menores transexuales coinciden en señalar cuánto les costó no ya aceptar la realidad, sino incluso empezar a verla. Y cuánta presión hicieron de manera más sutil o con más violencia.

“Todas las mañanas era una batalla: odiaba todas las braguitas que le ponía, odiaba todos sus zapatitos... Recuerdo un sábado a la mañana. Teníamos una comida y yo quería que se vistieran algo más especial. Le habíamos regalado una faldita preciosa, me pareció el día perfecto para estrenarla. No quiso ponérsela, empezó a llorar y patalear muy enfadado. Yo, asqueada de las batallas de cada mañana para vestir, me planté. Le dije que si no se ponía la falda iría en bragas. Y así salió al portal, hasta la puerta de la calle, en bragas. Allí, ya rendido, se tuvo que poner la falda. Me duele pensar en lo que hice, porque ahora entiendo su humillación.”

Por encima de todo, los niños y las niñas quieren que sus padres les quieran. Si sienten que pueden dejar de quererles por lo que son, puede que opten por ocultarse, omitir determinadas expresiones o disimular. Terrible disyuntiva a tan corta edad: tener que elegir entre “poder ser querido” o “poder ser”.

3.3 La búsqueda de información y apoyo

En el camino de querer comprender lo que está sucediendo, *los padres*²⁴ van a iniciar una búsqueda de información que ponga un poco de luz en el desconcierto que sienten hacia lo que están observando en el hogar. En los últimos años este proceso ha cambiado mucho porque antes la información sobre transexualidad en la infancia era nula y ahora, en cambio, en los medios de comunicación se habla de esta realidad y cada vez hay más información, mucha de ella accesible a través de internet. Por supuesto, será importante ser capaz de discriminar qué información es veraz y cuál no, y sobre todo, qué información sirve para el acompañamiento y cuál lo dificulta.

Para poder acompañar a sus hijos e hijas, las familias necesitan ser acompañadas. Por eso será fundamental contar con personas que puedan apoyar a las familias, dando información, sostén emocional, apoyo sexológico y psicológico,...

Cuando ese acompañamiento se busca en profesionales (de pediatría, de psicología...) en muchos casos no se encuentra el apoyo que se necesita, y no por la falta de voluntad, sino porque a día de hoy la mayoría de los profesionales de diferentes ámbitos, aun siendo muy buenos en su campo, tienen muy poco conocimiento sobre la transexualidad. De hecho una de las labores importantísimas que hay que llevar adelante es la de posibilitar que profesionales de distintas ramas puedan formarse y especializarse en el conocimiento de la transexualidad infantil, para poder así convertirse en profesionales de referencia que puedan atender estas situaciones. Además, será necesario divulgar información básica de manera generalizada, para que el resto de los profesionales puedan tener una comprensión básica y recursos para poder derivar a un profesional conocedor de esta realidad.

En este momento, aparte de algunos pocos profesionales que sí están capacitados para atender cuestiones de transexualidad, la transmisión de información y el acompañamiento y apoyo se está realizando desde las asociaciones de familias. Acompañamiento que están llevando a cabo, de manera voluntaria, madres y padres que además del

24 Aquí hacemos uso del “padres” genérico con ironía, porque lo que observamos es que en la mayoría de los casos van a ser las madres las que se pongan a ello.

conocimiento de la propia experiencia en su hogar y de las vivencias de las otras muchas familias que conocen, están formándose, haciendo cursos, leyendo publicaciones científicas sobre la materia... y se están convirtiendo en verdaderos expertos sobre transexualidad infantil. Lo razonable sería (y esperamos que más pronto que tarde así sea) que esta labor la llevaran a cabo profesionales con formación sexológica expertos en la materia y que además fuese ofrecida desde las administraciones públicas. Hasta que así sea, va a haber madres y padres dispuestos a seguir haciendo esta labor de manera altruista, pues saben cuán importante es la existencia de un buen acompañamiento, ya que han vivido en primera persona la necesidad de ser acompañados.

Cuando una familia da el paso de consultar, muchas veces lo que está buscando es que alguien les diga que lo que están sospechando no es. Pidiendo, rogando, de manera más o menos explícita que se les diga que no es verdad lo que están suponiendo, que hay alguna posibilidad de que no sea...

En otros casos, lo que buscan es un diagnóstico, que alguien experto les certifique que su hijo o hija *es esto o aquello*. Sin entender que nadie puede certificar ni diagnosticar la identidad sexual. Y que tras escuchar lo que esta niña o niño nos expresa, lo único que podemos hacer con su identidad es aceptarla y acompañarla, o negarla.

En ocasiones las familias suelen relatar, por ejemplo, que su *hijo* dice que es una niña y que su *hijo* dice que se quiere llamar María y que a su *hijo* le gustan las princesas, y que su *hijo* no quiere que le corten el pelo... y relatan que su *hijo* dice con absoluta claridad que no es un niño, que es una niña. Pero siguen hablando de *su hijo*. Porque en ese momento, aunque la expresión de la identidad sea meridianamente clara, no les entra en la cabeza que *su hijo* pueda no serlo. Ante un relato tan claro, la persona a la que se le consulta, haciendo de espejo de lo dicho, puede desatascar la puerta que la familia se resiste a abrir: “Si dice con tanta claridad que es una niña, quizás puede que lo sea, ¿no?”, “Si dice que es una niña, quizás no es *tu hijo*, sino *tu hija*, ¿no?”. Y este suele ser uno de los momentos que las familias *a posteriori* recuerdan como un momento clave en la comprensión.

“Le conté a la persona que estaba al otro lado del teléfono lo que habíamos vivido en los últimos años. Y le dije que no sabía si mi peque era un niño o una niña. Me respondió: ‘Ah, ¿tiene siete años y no sabes si es niña o niño?’ No me dijo nada más. No hizo falta. Se me cayeron las vendas que había ido construyendo. Hacía mucho tiempo que lo sabía, pero no lo quería ver, no me atrevía a verlo, porque me daba mucho miedo...”

3.4 El miedo

En ese momento de comprensión, para muchas familias aparece un abismo donde los miedos ante *lo que podía ser* empiezan a vivirse como el miedo ante *lo que es*, Pasando del *miedo a lo posible* al *miedo a lo real*. En ocasiones esto puede llevar a la negación y, de hecho, muchas veces se expresa como enfado y rabia contra la persona a la que se le consulta. Otras veces lleva a la tranquilidad (“Vale, ya está, esto es lo que hay. Ahora a ver qué hago con ello”).

En muchos casos el sentimiento de miedo es arrollador. Miedo a un posible sufrimiento en el futuro. Miedo que lleva a desear que las cosas no sean como son (“Quiero aceptar lo que me expresa pero, si es así, ¿cuánto va a sufrir de mayor? Sería mejor si no fuese así...”). Pero las cosas son como son y no como uno desearía o como uno cree que

serían mejor. Este miedo muchas veces imposibilita avanzar. Y este miedo al sufrimiento futuro, además de no poder cambiar la realidad, lo que hace es generar sufrimiento en el presente.

“Mi hijo llevaba mucho tiempo pidiendo calzoncillos. Le pregunté a disgusto y con miedo si quería comprar unos calzoncillos. Saltó de la silla con los ojos como platos, se me echó encima, me abrazó con todas sus fuerzas, me daba mil besos y me repetía una y mil veces lo mucho que me quería. Su ilusión, su fuerza, su mirada, su alegría... eran desbordantes. El flotaba y yo me hundía. Me hundía por miedo, por la magnitud que estaba cogiendo todo, me hundía por no haberle comprado unos calzoncillos mucho antes, me hundía porque comenzaba a comprender el peso que arrastraba con tan solo cuatro años. Me hundía porque quería quitarle esa carga. Sabía a lo que se enfrentaría el resto de su vida, la pelea día tras día, y yo no podría hacer nada.”

3.5 El sinsentido de la espera

Una de las afirmaciones a las que las familias suelen agarrarse, y que todavía algunos supuestos expertos plantean, es que *es mejor esperar*. Ante el miedo que me genera aceptar lo que se expresa con claridad, qué mejor escondite que la espera. Pero ¿esperar a qué? Si me pide que le corte el pelo o que se lo deje largo, si quiere ponerse faldas o pantalones, si me dice que le hable de “él” y no de “ella”... y si además todas estas cuestiones le están generando malestar y sufrimiento, ¿por qué esperar?, ¿esperar a qué?

Hay algo que tiene que quedar muy claro: no hacer también es hacer; esperar es hacer. Y cuando *no hacer* hace daño, cuando esperar hace daño, quizás tengamos qué preguntarnos qué es lo que queremos para esta niña o este niño que sufre.

Esta idea de esperar y los planteamientos sobre si *no son demasiado pequeños*, parten de un desconocimiento absoluto de esta realidad y se suelen apoyar en afirmaciones como que “la identidad sexual no es estable hasta los 7 años de edad”, o que “la mayoría de estos niños desisten en la pubertad”, afirmaciones que, como veremos más adelante, se basan en falsedades.

“Mi hija mayor tiene vulva y mi hija pequeña tiene pene. ¿Cuántas veces me preguntaron en relación a mi hija pequeña si no era demasiado pequeña? Yo les respondía: ‘¿Demasiado pequeña para qué?’ Y me decían si no era demasiado pequeña para que tuviese tan claro que era una niña. ¿Por qué nunca, nunca, nadie me preguntó por mi otra hija, si era demasiado pequeña para saber que era niña?”

Cuando se empiezan a tomar decisiones para acompañar las necesidades expresadas por estas niñas y niños, aunque sean decisiones que se convierten en *pequeños hechos*, para ellas y ellos, cada pequeño paso adelante será un gran paso adelante.

“Cuando con 6 años aún pensábamos que era una niña, un día que andábamos de bronca porque no se quería poner un vestido, le dije: ‘Mira, a partir de ahora solo te voy a comprar pantalones y te voy a cortar el pelo como a un chico.’ Se le iluminó la cara y me dijo: ‘Ama²⁵, ¿eso se puede?’ ”

25 “Ama” significa “mamá” en euskara (en vasco).

3.6 El tránsito

La reflexión sobre qué pasos dar y cuándo darlos tendrá que basarse en las necesidades expresadas por cada niño o niña. Porque hay quienes necesitan ser reconocidos por todo el mundo “¡ya!” y no pueden esperar ni un día más. Y otros prefieren ir poco a poco: empezar en el hogar, luego solo con sus amistades más cercanas y más tarde con los demás...

Acompañar el crecimiento de una niña o un niño significa poner las condiciones para que pueda caminar, quitando obstáculos, dando recursos y abriendo posibilidades. Sin decirle por dónde tiene que ir (porque sólo uno mismo puede saberlo). Y caminar a su lado, justo un paso por detrás y con la mano abierta. Para que pueda ir decidiendo su camino con la seguridad de que estamos ahí, para lo que necesite. Sin frenar y sin empujar. Ofreciéndole la seguridad de nuestra presencia que respeta sus ritmos y atiende sus necesidades. Regalándole la libertad de poder ir eligiendo, de entre todos los caminos posibles, su propio camino y a su propio ritmo. Y no hablo de *no hacer*, porque para que pueda acceder a todos los caminos posibles va a *haber que hacer* y muy activamente.

“Le preguntamos si quería que les contásemos a sus amigos que era un niño y no una niña. Nos dijo que no. Estaba muy agobiado y nos dijo que en casa era chico pero que en la calle no era nada, ni chica ni chico. Lo respetamos. Es muy duro escuchar a tu hijo, decir que prefiere ser nada antes que decir en la calle que es una chica. Y creo que es muy significativo, que él prefiera que le vean como nada, antes de que le vean como chica, ya que aún no se atrevía a contar su verdad por miedo al rechazo. La carga de no poder ser quien eres, cuando aún estas forjando tu propia personalidad, es una carga demasiado grande.”

Llamamos *tránsito* al proceso por el que una persona en situación de transexualidad pasa a vivir en todos los ámbitos de la vida *de acuerdo a su identidad*. Cuando se habla de tránsito en la infancia es importante ser conscientes de que el tránsito principalmente lo hacen los otros, y que se trata, sobre todo, de un tránsito en la mirada, en la percepción que tienen los demás, para de manera progresiva pasar de *ver* una niña a *ver* un niño (o viceversa).

Este cambio en la mirada no es fácil de realizar, por la dificultad que se da en los procesos mentales a cambiar la categorización sexual que hemos realizado sobre alguien. Más aún cuando llevamos años con dicha categorización. No es además una cuestión de voluntad. Por supuesto que la voluntad está presente en el iniciar y mantener el propio proceso de abrirnos a aceptar la realidad expresada, pero no en la consecución del resultado. No es “Decido verle; y ya está: le veo”. Es más bien “Decido que quiero verle y por eso me pongo a ello, poco a poco y con mis dificultades”.

Es especialmente importante la aceptación verbal de la identidad expresada: “Vale, eres un niño”. En el inicio de esta fase se suelen dar contradicciones entre la realidad que queremos aceptar y lo que seguimos expresando (“Vale, *hija mía*, ya he entendido que eres un *niño*”). De hecho, un elemento clave para cambiar de mirada va a ser el uso del lenguaje: por ejemplo, cambiar el género gramatical que usamos para referirnos a ese hijo que no es la hija que pensábamos. Al principio suele ser costoso, exige poner mucha consciencia y hacer un gran esfuerzo para decir aquello que *no nos sale*. Será forzado pero, poco a poco con la costumbre y el progresivo cambio en nuestra mirada, irá dejando de costar. De hecho, llegará un momento en el que nos preguntaremos cómo en otro

tiempo pudimos haber hablado en masculino a nuestra hija (o viceversa), porque hacerlo ahora nos resultaría imposible.

Por lo que vamos conociendo, estos procesos se dan de manera paulatina y progresiva y, por ello, quizás sea razonable ser generoso con uno mismo en este desarrollo de nuestra capacidad de mirar, porque habrá veces en las que quizás nos equivoquemos (al usar un pronombre, por ejemplo), o que sintamos que nos cuesta ver con claridad la identidad expresada.

Muchas veces estas niñas y niños expresan disgusto hacia el nombre que se les puso al nacer, por ser un nombre que hace referencia al otro sexo (“Si soy un niño, ¿por qué me pusisteis un nombre de niña?”) y proponen el nombre que quieren tener o se ponen en la búsqueda del que a partir de entonces será su nombre. En ocasiones, para cuando se les da la posibilidad de hacerlo, hacía mucho tiempo ya que lo tenían pensado. Aunque en mucha menor medida, también conocemos ya a niñas y niños que no expresan ninguna necesidad de cambiar su nombre, sea porque es un nombre neutro en relación al sexo (en euskara²⁶ hay bastantes nombres que han sido usados tanto para chicas como para chicos), o porque (por lo menos, de momento) no sienten ningún problema con su nombre.

“Cuando Jon, con 5 años, estaba jugando en un parque con una niña a la que acababa de conocer, ésta le dijo que cómo podía ser una niña con nombre de niño. Al día siguiente le propuse (una vez más), añadirle una letra a su nombre y convertir así “Jon” en “Jone”, que es nombre de niña. Ella me escuchaba mientras yo le decía que así se ahorraría más de una explicación, que pasaría más desapercibida y que además sonaba francamente muy bien, que a mí me gustaba mucho “Jone”. Cuando terminé me contestó que si me gustaba tanto, que me lo podía poner yo. Que ella amaba su nombre y que no se lo iba a cambiar.”

Los hermanos y hermanas, cuando los haya, tienen un lugar muy importante en todo esto. Por un lado por el apoyo que van a poder brindar. Por otro, porque también ellas y ellos van a necesitar que se les acompañe. A veces, estos procesos llevan a los padres a no ver más que a la hija o hijo con quien están haciendo el tránsito, y esto les puede llevar a descuidar cuestiones laborales, tareas domésticas, y también, en mayor o menor medida, a los otros hijos. Va a ser necesario poner consciencia sobre ello y atender las necesidades que vayan a ir expresando las hermanas y hermanos. Cuidarles. Porque lo necesitan y porque, por supuesto, esa es nuestra responsabilidad. Pero es que, además, va a ser muy importante que estén bien, ya que para las niñas y niños en situación de transexualidad sus hermanos y hermanas puede que sean sus mejores aliados.

“Una mañana, arreglándonos para ir al cole, mi hijo volvió a corregir a su hermana diciéndole: 'No soy una niña, soy un niño'. Ella se giró y delante de él me preguntó 'Ama, ¿qué es: chica o chico?!' Les miré a los dos, y le pregunté por última vez: '¿Tú que eres, chica o chico?' 'Ama, yo soy un chico'. Me giré hacia mi hija mayor y le dije: 'Es un chico'. En voz alta, por primera vez. Ella se quedó pensativa unos segundos y, para mi sorpresa, respondió como con cierto aire de despreocupación 'Ya... si ya se veía ¿no? Siempre ha sido un chico'. Él sonrió, feliz y orgulloso, y se fue bailando por el pasillo.”

A medida que se acepta la realidad y se comienza a transitar ese progresivo cambio de mirada, la familia empieza a compartir con la familia extensa y con el entorno (amistades,

26 Lengua vasca.

barrio, escuela...) lo que está sucediendo, invirtiendo un gran esfuerzo en una labor pedagógica de transmitir conocimientos. Esta labor que por momentos puede resultar agotadora es también una de las herramientas que posibilita a la familia afianzar su tránsito: recopilan información para poder explicar la situación, se forman... y muchas veces estas madres y padres se convierten en verdaderos expertos en relación a las cuestiones de identidad sexual. De hecho, se van a encontrar con profesionales de distintos ámbitos (pediatría, educación, trabajo social, etc.) desconocedores de esta realidad y a quienes van a informar, les van a dar recursos, referencias...

Un elemento que se suele observar es que estas niñas y estos niños, cuando se les empieza a dar la posibilidad de mostrarse tal como se sienten, necesitan recalcar y subrayar, en algunos casos de manera muy notoria, aquellos rasgos asociados con su sexo, seguramente porque hasta entonces han visto negada su identidad y necesitan dejar claro, muy claro, que son un niño o que son una niña. Así, por ejemplo, hay niñas que se ponen los vestidos más rosas y las diademas más brillantes, y exageran las maneras de moverse y gesticular que asocian con *lo femenino*; en muchos casos, en la medida en que los demás les van aceptando y viendo como *la niña que es*, se van relajando, porque van dejando de tener que gritar al mundo "quien soy".

Mayoritariamente se observa que una vez comenzado el tránsito los que se mostraban permanentemente tristes o malhumorados dejan de estarlo, quienes no se relacionaban empiezan a jugar con sus iguales, quienes lloraban empiezan a sonreír, quienes se encerraban en el silencio empiezan a hablar, quienes caminaban encorvados y mirando al suelo empiezan a mirar al frente, quienes se negaban a salir en fotografías ahora sonríen a la cámara... Las familias coinciden al expresar cómo empiezan a abrirse y desplegarse, cómo empiezan a *florecer*. Y en muchos casos esto sucede como una explosión y con mucha euforia. De ahí que haya quien afirme, usando irónicamente la jerga psiquiátrica patologizante, que cuando se posibilita el tránsito, estas niñas y niños "pasan de la *disforia de género* a la *euforia de género*".

"Cuando salió de la peluquería le hice una foto, es la primera foto que tengo que mira de frente a la cámara, sin obligarle, y sonríe."

Eso sí, no olvidemos que, aun con el bienestar que trae el tránsito, estas niñas y niños van a necesitar elaborar todo el dolor antiguo que fueron acumulando y desahogar sufrimientos, miedos y tristezas. Van a necesitar dar la vuelta a toda la negación de su ser que se les infligió y reconstruir poco a poco la confianza en uno mismo.

La existencia de asociaciones de familias es fundamental en estos procesos, porque la posibilidad de compartir con otras familias va a hacer que quien se embarca en este proceso pueda sentirse arropado, va a generar posibilidades de desahogo, de obtención de información... En estos tránsitos que tan complicados y duros son muchas veces para las familias, saber que "lo que me pasa no sólo me pasa a mí" suele suponer una gran sensación de alivio. Sentir que se camina en compañía. Poder compartir, desahogar, llorar, reír... con personas que están viviendo o han vivido situaciones parecidas a la propia, que ya pasaron "por lo mismo que estoy pasando yo", personas "que me entienden", supone una gran ayuda. Ver a otras familias que empezaron el mismo proceso hace más tiempo y que están tranquilas, sonríen y siguen viviendo la vida, significa un horizonte de luz en momentos que algunas familias viven de absoluta oscuridad, miedo y tristeza.

“Nos ofrecieron entrar en un grupo de WhatsApp, con más familias en la misma situación que nosotros. A la mañana siguiente, yo estaba maquillándome para ir a trabajar, con el teléfono al lado. Me llegó un Whatspp, era del grupo en el que me habían metido. Primero llego un mensaje dándome la bienvenida, lo leí y lo dejé sin más. De repente empezaron a llegar mensajes y más mensajes, familias y familias de todas partes de Euskal Herria nos daban la bienvenida, nos mandaban fotos de sus hijas e hijos riendo, jugando, siendo libres y felices. Niños y niñas de la misma edad que mi hijo, niños y niñas de todas las edades, con sus familias y sus amigos. Por primera vez desde que empezó toda esta historia comencé a llorar, lloré porque sentí que no estábamos solos, lloré porque mis miedos no son únicos, lloré porque mi hijo iba a ser feliz como esos niños y niñas.”

Para las niñas y niños poder conocer a otras niñas y niños “como yo” significa, en muchos casos, un regalo inmenso: dejar de sentirme “un bicho raro” y comprender que “porque hay otros que son, yo también puedo ser”.

A veces los familiares viven procesos de duelo, en los que van a elaborar sentimientos de tristeza que se expresan, por ejemplo, como “la pérdida de mi hija” (o “de mi hijo”) y que en realidad significan la pérdida de *lo que yo pensaba que era*, de lo que yo pensaba que iba a ser el día de mañana, de las expectativas, de las fantasías... Y estos procesos requieren una adaptación emocional a la nueva situación en la que se sufre la pérdida de esa hija (o hijo) que, aunque no existía, para mí era muy real.

3.7 La vivencia del propio cuerpo

Hay una cuestión vital para la vida de estas niñas y niños, sobre la que hasta ahora se ha hablado muy poco, y de la que ya podemos empezar a plantear algunas reflexiones a partir de lo que vamos observando: la vivencia del propio cuerpo y especialmente de los genitales.

Hay una idea extendida de que las personas transexuales odian sus genitales, los rechazan, les dan asco. De hecho, conocemos niñas y niños en situación de transexualidad que tienen una muy mala vivencia de sus genitales, que nunca los mencionan y se sienten muy incómodos si lo hacen, que los ocultan incluso en el espacio del hogar. En algunos casos esta mala vivencia puede llevarles a autolesionarse. Resulta aterrador escuchar testimonios de niñas que han intentado automutilarse los genitales.

Hasta hace muy poco tiempo a estas niñas y niños siempre se les decía (y en la mayoría de casos se les sigue diciendo) una y otra vez: “No puedes ser niña porque tienes *colita*” o “No puedes ser niño porque tienes *rajita*”. Y, como vamos a ver, quizás la vivencia negativa del propio genital no sea algo *per se*, sino más bien el resultado de la siguiente ecuación mental: “Si no puedo ser quien soy por tener lo que tengo, entonces no quiero tener lo que tengo para poder ser quien soy”. Terrible que en tan temprana edad sea esto lo que están elaborando en sus cabecitas.

Empezamos a conocer ya familias que no realizan dichas afirmaciones, o que dejan de usarlas rápidamente a la par que comprenden y aceptan la identidad expresada por sus hijas e hijos. Conocemos ya a niñas y niños, a quienes se les ha aceptado su identidad en edades cada vez más tempranas, en algunos casos casi desde el principio de la conquista del lenguaje, a quienes no se les han contrapuesto sus genitales y su identidad, a quienes se les ha hecho saber que “existen niñas que tienen pene y niños que tienen vulva”. Y lo que observamos es que estas niñas y niños están viviendo sus genitales con mucha tranquilidad y, en el entorno íntimo del hogar, los nombran y hablan de ellos e

incluso comparten su desnudez, tocan y acarician sus genitales como lo pueden hacer otros niños y niñas de su edad... En algunos casos, cuando la aceptación ha sido muy temprana incluso comparten su desnudez con sus amigos y amigas, por ejemplo, en las duchas de la piscina o en la playa.

“Mi hija adora el agua desde que nació. En casa tiene una piscina y ella y sus hermanos disfrutan horas y horas bañándose sin ropa. Además siempre viene un montón de amigos. Recién hizo el tránsito, con 4 años, dejó de bañarse desnuda cuando había gente ajena a la familia, pero esto no duró más de un mes. Pronto volvió a quitarse la ropa nada más llegar a casa para poder zambullirse en la piscina. Le daba igual si la piscina estaba llena de amigos, jella lo primero que hacía era desnudarse! Tal era su tranquilidad que lo mismo sucedía en la playa: llegar y empezar a quitarse la ropa, era todo uno. A día de hoy ella sigue adorando el agua y quitándose toda la ropa para nadar como ella misma dice ‘en total libertad’. Sus amigos siempre le han visto desnuda y nunca les ha llamado la atención su pene, porque saben desde siempre que su cuerpo es así.”

No sabemos cuál será su vivencia de los genitales cuando sean adultos, pero no parece descabellada la hipótesis de que vaya a ser bastante mejor que la de quienes vieron cómo se negaba su identidad señalando sus genitales. Lo que sí sabemos es que a día de hoy no les generan malestar. Eso sí, estamos observando ya que, según se van haciendo más mayores, a su vivencia positiva de los propios genitales se le va añadiendo cada vez más la consciencia de que en espacios públicos, entre desconocidos, el conocimiento por parte de los demás de su morfología genital puede llevar a la negación de su identidad. Y así, aún cuando en el hogar pueden compartir su desnudez o hablar de sus genitales con absoluta tranquilidad, fuera de este contexto de seguridad se cuidan muy mucho de arriesgarse a que nadie sepa nada de sus genitales.

Dentro de ese hecho universal y común a todos los sujetos sexuados de tener características de ambos sexos en distintas medidas, las niñas con pene y los niños con vulva van a tener que hacerse cargo de que, en su caso, sus genitales son como los que se dan mayoritariamente en el otro sexo, siendo justamente este el rasgo que socialmente se *señala* para interpretar a alguien como chico o chica (en su caso, equivocadamente) y van a tener que aprender a gestionar lo que esto supone en su vida.

En todo esto va a ser muy importante el hecho de *poner palabras*. Que en el hogar, la madre y el padre nombren las distintas partes del cuerpo; y en la medida en que el niño o la niña se sienta cómoda, nombrar sus genitales (porque *lo que no se nombra no existe*), hablar de ellos en positivo y ponerlos en valor. Poner en valor el hecho de que sean como son. Hacerles saber que su cuerpo es hermoso. Que su cuerpo es maravilloso y precioso. Que ellas y ellos son maravillosos y preciosos. Estas niñas y niños, por encima de todo y al igual que los demás, lo que necesitan es ser aceptados y queridos tal como son. Sobre todo en el hogar.

“Un día, hablando con mi hija mayor, de solo siete años, le pregunté que le parecía todo lo que estaba pasando, que su hermano fuese un niño y no una niña como nos dijeron que debería de ser por tener vulva. No me dejó terminar de preguntarle, me agarró del brazo y me dijo: ‘Ama, yo quiero a Denis, a mí me da igual si es chica o chico, Denis siempre va a ser Denis, y yo a quien quiero es a Denis’. Lloré mucho. Con tan solo siete años lo había entendido mucho antes que yo y que todos los adultos con los que me he encontrado. No tiene ningún prejuicio, igual que todos sus compañeros del colegio, que con cuatro años lo han entendido claramente: es su amigo, el resto no importa.”

4 Acompañar en la escuela

Después del hogar, la escuela es el entorno más importante para la mayoría de las niñas y niños. Entendiendo que la escuela ha de ser para todas y todos los niños un lugar seguro donde poder crecer y desarrollarse como cada quien es, será crucial que la identidad sexual sea aceptada y respetada. Que los niños con vulva sean vistos y aceptados como lo que son: niños. Que las niñas con pene sean vistas y aceptadas como lo que son: niñas.

Para ello, va a ser necesario establecer protocolos que garanticen sus necesidades básicas. Si hay instalaciones en el centro segregadas por sexo, como los aseos y los vestuarios, habrá que garantizar el acceso y uso de las instalaciones a cada quien según su sexo (creo que no es necesario repetir que “su sexo” es el que alguien expresa que es y no otro): si hay unos baños para los niños y otros baños para las niñas, que todos los niños, sin distinción, tengan pene o vulva, puedan ir al baño de los niños, y que, todas las niñas, tengan pene o vulva, puedan ir al baño de las niñas. Lo mismo si se realizan actividades diferenciadas por sexo o si en el centro se usa un uniforme diferenciado.

Además, si el niño o la niña ha decidido cambiar su nombre, el personal del centro deberá usar ese nombre en todas las actividades docentes y extraescolares que se realicen en el centro, y se adecuará toda la documentación administrativa (listas de clase, boletín de calificaciones, carné de estudiante, etc.), para que figure ese nombre elegido, evitando por supuesto que dicho nombre aparezca de forma distinta al que se muestra el resto de nombres.

Para poder acompañar a estas niñas y a estos niños, y especialmente cuando se está dando el proceso de tránsito, es fundamental establecer un plan integral de formación que abarque a toda la comunidad educativa. Este plan incluiría, por un lado, sesiones de formación específica sobre transexualidad en la infancia tanto para el profesorado y el personal administrativo y de servicios del centro, como para el conjunto de madres y padres. Y, por otro, intervención pedagógica en el aula que posibilite en el alumnado el conocimiento y la promoción de la diversidad sexual, presentando la transexualidad como un hecho de diversidad más. Además, el profesorado tutor del menor puede que necesite asesoramiento especializado ante las necesidades o dificultades que vayan surgiendo.

La formación y asesoramiento debería ser proporcionada por profesionales de la sexología con conocimiento específico de la realidad de la transexualidad en la infancia, coordinados con los responsables educativos y familiares del niño o de la niña, y adecuándose siempre a las necesidades de la singularidad de cada caso.

Por supuesto, contar en el sistema educativo con un protocolo oficial para todos los centros escolares, donde todas estas cuestiones queden recogidas, y con financiación pública para llevar a cabo el plan de formación, garantizaría las condiciones para que el ámbito escolar sea un lugar seguro para estas niñas y niños en el que se respetase su derecho a crecer y desarrollarse.

En las escuelas, hasta ahora, se ha enseñado desde muy pequeños a los niños y niñas la siguiente ecuación: “niño = pene, y niña = vulva”, a través de *fichas de anatomía* con siluetas que *muestran* un niño y una niña. Y se les ha dicho que “los niños tienen pene y las niñas tienen vulva”. Es más, se les ha explicado que los niños son niños porque tienen pene, y las niñas son niñas porque tienen vulva. Y de esta manera, por supuesto, se ha

transmitido un conocimiento erróneo. Tanto como decir que el sol se mueve alrededor de la Tierra. Pues aunque la observación a través de nuestros sentidos nos pueda hacer pensar que el sol se mueve, hace ya mucho tiempo que tenemos conocimiento suficiente para saber que es la Tierra la que se mueve, en su movimiento de rotación, y generando esa percepción. Aunque pueda ser muy poético decir que el sol atraviesa el cielo, tenemos muy clara la importancia de la correcta transmisión del conocimiento en nuestras escuelas. Hablando de astronomía, o de cualquier otro tema. Y en relación a la identidad sexual y los genitales, la observación de lo mayoritario lleva a engaño.

La escuela no puede transmitir conocimientos erróneos. Los profesores no pueden seguir diciendo: “Los niños tienen pene y las niñas tienen vulva”. Y no solo porque esas afirmaciones no sean correctas desde el punto de vista del conocimiento. Hay un motivo aún más grave. Esas afirmaciones condenan al sufrimiento a las niñas que tienen pene y a los niños que tienen vulva. Les condenan a no existir. A no poder ser. A no poder vivir.

Haciendo formación en centros escolares nos hemos encontrado que la actitud del profesorado ha sido muy positiva. Al inicio lo que nos expresaban era: “De este tema no sabemos nada. Y queremos saber, para poder ayudar a estos niños y niñas, para hacer posible que crezcan felices”. Y después de recibir la formación básica lo que nos han dicho a menudo ha sido: “Es más simple de lo que creíamos”.

En la mayoría de los centros nos han planteado dudas y preguntas muy parecidas. Por un lado, qué hacer con sus fichas de anatomía. Porque, una vez entendido que transmiten conocimiento erróneo, no le ven sentido a seguir utilizándolas, pero “y entonces, ¿qué usaremos?”. Esta interrogante nos lleva a la apremiante necesidad de disponer de recursos didácticos que recojan conocimientos correctos y que integren los diferentes hechos de diversidad. En el siguiente apartado describo algunas de las aportaciones que hemos realizado en ese ámbito.

Por otro lado, la mayoría de las preguntas y dudas del profesorado son del tipo: “¿Qué hacer con los baños?”, “¿Y en los vestuarios y en las duchas?”. Preguntas que reflejan sus miedos sobre cómo gestionarán estas situaciones y sobre las que hemos podido poner luz con una *palanca* muy simple, con esta sencilla observación: “Las niñas que tienen pene, son *niñas*; y los niños que tienen vulva, son *niños*”. Así de fácil.

Si en la escuela hay baños para chicas y baños para chicos... ¿a qué servicios irán las niñas pelirrojas? ¿Y las niñas de piel morena? ¿Y las niñas zurdas? ¿Y las niñas que tienen pene? La respuesta no es difícil, ¿no? Claro que esto quizás nos lleve a cuestionarnos para qué imponemos, por medio de la organización de los baños, la separación entre niñas y niños (de verdad, ¿para qué?). Pero esa es otra historia, otro camino que más pronto que tarde habrá que recorrer. Eso sí, va a ser muy importante no mezclarla con el abordaje de la transexualidad. Porque en la mayoría de los casos, los niños que tienen vulva, y las niñas que tienen pene, no demandan baños no segregados. Lo que quieren es poder ir, ellas a los *baños de chicas*, y ellos a *los de chicos*. Como cualquier otro chico o chica. Como todos los demás chicos o chicas.

Si los vestuarios y las duchas están diferenciados por sexos, ¿en qué vestuario entraran los chicos que hacen ballet? ¿Y los chicos que tienen gafas? ¿Y los chicos que tienen vulva? Será muy importante, claro, que a nadie se le obligue a mostrarse desnudo delante de los demás. Porque la desnudez en los vestuarios llevará a una vivencia positiva del cuerpo sólo si esa desnudez no es impuesta. Y en el caso de los niños con vulva, y de las

niñas con pene, deberemos reflexionar sobre cómo acompañar con el mayor de los cuidados esas situaciones, porque pueden resultar, para ellos y ellas, difíciles de afrontar. Ante ello, en algunos centros se han explorado diferentes propuestas como, por ejemplo, poner la clase de gimnasia a última hora, y así quien lo prefiera puede ir a ducharse a casa; o también poner en los vestuarios una o varias duchas individuales, por si alguien prefiere usarlas en vez de las colectivas.

El objetivo de la escuela ha de ser que cada quien vaya descubriendo su propia personalidad, desarrollando sus propias características, desplegando sus alas al máximo de sus posibilidades, cada una y cada uno con sus colores, con sus peculiaridades, con sus matices. Un bonito reto para nuestras escuelas. Un reto para este siglo XXI. La diversidad como riqueza y eje para construir nuestras escuelas.

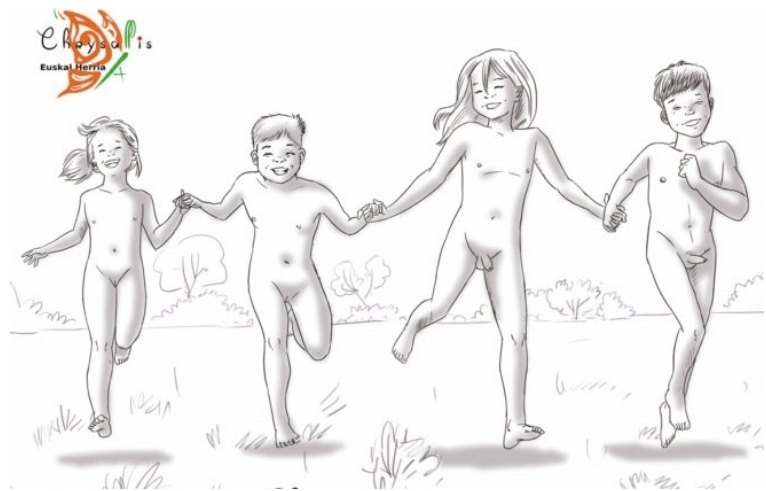
5 Representaciones de la transexualidad infantil

5.1 Imágenes e imaginario

En este tiempo de cambio en el que la transexualidad infantil empieza a ser pensable, y además visible, cobran especial relevancia las representaciones de la misma que se van haciendo. Podemos observar cómo se está dando un cambio en las *imágenes* que se usan para ello, generando un cambio de paradigma en el *imaginario* asociado a la transexualidad en la infancia. Estas dos ilustraciones simbolizan este cambio de paradigma.



Autoría desconocida



Campaña de ChrysalisEH (2017)
Ilustración: Kepa Orbe

La ilustración de la sombra que podemos observar a la izquierda fue muy usada hasta hace un par de años en las redes sociales para ilustrar noticias, cursos o artículos sobre transexualidad infantil. Una imagen gris que nos muestran un rincón oscuro; que nos cuenta de manera ambigua que *lo que es no se muestra*, o que *lo que se muestra no es lo que es*; que expresa el deseo de que las cosas pudiesen ser de otra manera; que transmite soledad, incomprensión, exclusión... Imagen que ilustraba las historias de esas niñas y de esos niños que no podía ser quienes eran, que no podían ser. Que sólo podían

soñar en ser ellas y ellos mismos en un rincón con lágrimas en los ojos, mientras debían seguir atrapados en el disfraz que les imponía la sociedad.

La ilustración que podemos observar a la derecha corresponde a la campaña de Chrysallis Euskal Herria de enero de 2017 “Hay niñas con pene y niños con vulva”²⁷. Una imagen que además de verse en grandes carteles en el metro y en las marquesinas de los autobuses de Pamplona, Vitoria, San Sebastian y Bilbao, recorrió todo el planeta a través de internet y las redes sociales. Una imagen luminosa que nos muestra cuatro niñas y niños desnudos, corriendo por la naturaleza, a plena luz del día, corriendo de la mano y sonriendo. Aunque habría que preguntárselo para confirmarlo, vemos una niña con vulva, un niño con vulva, una niña con pene y un niño con pene. Repito: sonriendo y de la mano.

Esta imagen ilustra el nuevo tiempo en el que ya nos encontramos y en el que estamos conociendo la primera generación de niñas y niños en situación de transexualidad que están pudiendo vivir su infancia con su identidad sexual respetada y aceptada, y que están pudiendo dedicarse a lo que debería hacerse en la infancia: correr y trepar, jugar, sonreír, aprender... Niñas y niños que pueden ser quien son. Que no se avergüenzan de sí mismos, que no se esconden. Que se muestran tal como son. Que van creciendo junto a sus amigos y amigas.

Esto no significa, ni mucho menos, que todos los niños y niñas en situación de transexualidad estén pudiendo vivir felices con su identidad aceptada. De hecho, podemos suponer que la mayoría de ellos y ellas no han tenido todavía la suerte de que sus padres les puedan comprender y escuchar, siguen viviendo en la negación y están sufriendo.

Y es que, en realidad, estas dos ilustraciones dibujan el pasado y el futuro, de dónde venimos y hacia dónde vamos, mostrando el cambio de paradigma que afortunadamente estamos viviendo: de la negación de la identidad sexual expresada a la aceptación, el acompañamiento y el cultivo de la misma; de la exclusión a la inclusión; del sufrimiento al bienestar; de la tristeza a la alegría...

5.2 Creación de recursos y materiales didácticos

La creación de recursos y materiales didácticos es otra de las cuestiones sobre la que merece reflexionar. Hasta hace muy poquito tiempo no existía ningún material didáctico que recogiese la realidad de la transexualidad infantil. Vamos a hacer referencia aquí a algunos de los materiales en cuyo diseño hemos participado y las razones que nos han llevado a realizarlos.

En primer lugar, constatamos la carencia de representaciones gráficas donde estas niñas y niños puedan ver reflejada su corporeidad. Hasta donde sabemos, no existía ningún material gráfico donde se ilustrase la imagen corporal desnuda de niñas que tienen pene o niños que tienen vulva.

²⁷ <http://chrysalliseh.eus/wp-content/uploads/2017/01/Chrysallis-esp-698x1024.jpg>

El material didáctico "Chicas y chicos. Identidad y cuerpo"²⁸ que consta de 9 fichas diseñadas para uso escolar, además de proporcionar información básica sobre los hechos de diversidad relacionados con la identidad sexual, muestra una imagen que tiene una gran fuerza: el dibujo de un niño que tiene vulva y de una niña que tiene pene. Y la fuerza de esto es enorme. Porque hace visible lo que era invisible, hace pensable lo que era impensable. Además, los niños que tienen vulva y las niñas que tienen pene, seguramente por primera vez en su vida, pueden verse identificados en una imagen, y pueden pensar: "Un cuerpo como el mío".

"Cuando mi hija cogió el material didáctico fue increíble ver cómo se alegraba su cara, cómo se aceleraban los latidos de su corazón. La fuerza de esas imágenes es bestial. Posteriormente cuando lo ha visto de nuevo me suele decir: 'Papá, este eres tú, esta es mamá, esta es mi hermana y esta soy yo.'"

Otra carencia detectada fue la de materiales audiovisuales en los que apareciesen niñas y niños transexuales y en los que se hablase de sus vidas infantiles, de sus juegos, sus aficiones... Y que fuesen niñas y niños reales, porque la potencia de ver la mirada, la sonrisa, de alguien real llega mucho más dentro que ver una ilustración. Porque un dibujo no es alguien que existe. Y ese niño o esa niña a quien puedo ver moverse en un vídeo si es un niño o una niña real: "Un niño o una niña como yo".

"Quise mostrarle imágenes de otras niñas con pene, para que pudiera verse reflejada, para que viese que no era la única en el mundo. Buceé en Internet y sólo encontré dos reportajes hechos en Estados Unidos sobre dos niñas (Joey Romero y Jazz Jennings), en los que se les veía en su hogar, en el parque, jugando, sonriendo, corriendo y hablando de sus vidas. Los conseguí doblados a español, pero en esos reportajes también aparecían médicos, se hablaba de tasas de suicidios, de bullying, de hormonación, de operaciones quirúrgicas, y de otras cuestiones que no tenían nada que ver con el mundo de mi hija de 7 años. Así que decidí ver con ella sólo algunos trozos y en la versión original en inglés, para no poder entender lo que se decía. Para mi hija aquello fue algo muy potente. Para mí también. Una y otra vez me decía afirmando 'Es una niña' y yo le decía que sí. '¿Tiene pito?' me preguntaba y yo le respondía que sí. Una y otra vez. 'Son como yo', me decía."

El material didáctico audiovisual "Niñas con pene. Niños con vulva. Un hecho más de

28 Publicado por Chrysallis Euskal Herria, 2016.
http://chrysallisesh.eus/Material/material_didactico_esp-OK.pdf



"Chicas y chicos. Identidad y cuerpo" (2016)
Material didáctico de ChrysallisEH.
Ilustración: Mattin Martiarena

diversidad"²⁹ muestra a Eli, Leo, Shaila, Nahiane, Marcos y Mikele jugando, saltando, riendo, y se habla de sus gustos, de a qué se dedican, de cómo son. Un material que pueda servir para que otros niñas y niños puedan verse reflejados en el mismo. Y también para que el resto de niñas y niños sepan que la transexualidad existe y que son niñas y niños como los demás: si alguna vez conocen a alguna o alguno habrán ya integrado el hecho real de su existencia. Este material que está pensado para poder usarse en escuelas, explica además de manera muy sencilla la transexualidad.

Podemos seguir afinando en estas reflexiones sobre la creación de recursos. Es fundamental que entendamos que la transexualidad es un hecho más de diversidad, uno entre otros muchos. Los *diversos* no son los niños y las niñas transexuales. Los diversos no son *los otros*. Todas y todos somos *diversos*. La intersexualidad es un hecho universal: todas y todos compartimos rasgos masculinos y femeninos. Por eso, va a ser necesario hablar de la transexualidad no como un hecho excepcional, sino como de una más de las posibles peculiaridades que compartimos los seres humanos.

Por ello, el libro de educación sexual básica “Niñas y niños. Cada uno, cada una, diferente”³⁰ es un paso más allá. Porque habla de los hechos de diversidad sexual, y la transexualidad aparece como uno más. Este libro hecho con fotografías y relatos de vida de 27 niñas y niños reales que hablan sobre sí mismos, muestra que cada una, cada uno, es niña o niño a su manera. Que hay quien lleva el pelo largo y quien lo lleva corto. Quien lleva pendientes y quien no. Que muchas niñas se disfrazan de princesa y que algunos niños también. Que hay niñas que se disfrazan de pirata, como muchos niños. Que la mayoría de las niñas tienen vulva y algunas tienen pene. Y que hay niños con pene y niños con vulva. Que también hay niños que hacen ballet y niñas que trepan a los árboles. Que cada niña es niña a su manera. Que cada niño es niño a su manera. Y que la belleza está en que cada una, que cada uno, pueda ser como es.

El libro “Niñas y niños” que no es un libro sobre transexualidad, seguramente por no serlo, porque la transexualidad aparece en el mismo como un hecho más de diversidad, por ello, es uno de los mejores materiales que existen para que las niñas y niños puedan comprender la transexualidad. Es más, con niñas y niños que expresan que su identidad no es la que suponíamos, o cuando la expresión de la propia identidad es ambigua, este libro se convierte en un material de primer orden para acompañarlos en sus procesos, porque va a dar la posibilidad de ver 27 espejos diferente donde mirarse y poder decir: “Yo soy como este” o “Soy como aquel”. Porque va a posibilitar pensar las muchas realidades diversas. Y así poder pensar y expresar la propia realidad.

Como continuación y ampliación del libro “Niñas y niños” acaba de presentarse el Proyecto “Niñas y niños”³¹ en el que se ofrecen nuevos recursos: una Unidad Didáctica para que el profesorado, aun sin tener conocimientos específicos en la materia, pueda trabajar en el aula los hechos de diversidad sexual, y un Juego de Tarjetas que permite jugar y generar diálogo sobre los hechos de diversidad sexual desde lo concreto, de forma lúdica y con sencillez, y que se puede usar en grupos o de forma individual, tanto en entornos escolares y ludotecas, como en entornos terapéuticos.

29 Realizado por Chrysallis Euskal Herria, 2017.

<http://chrysalliseh.eus/2017/05/02/material-didactico-audiovisual-sobre-transexualidad-infantil>

30 “Niñas y niños”, Aingeru Mayor y Susana Monteagudo.. Ed. Litera 2017. www.niñasyniños.com/el-libro

31 www.niñasyniños.com

6 De las falsedades de la mala ciencia a una investigación comprensiva

6.1 La no *estabilidad de la identidad sexual* en la infancia

“Había leído a un experto en psicología que la identidad sexual no es estable hasta los 7 años de edad. Y decidimos que entonces era mejor esperar a que con 7 años se definiese su identidad. En todo caso éramos nosotros los que nos teníamos que definir, puesto que nuestra hija lo había hecho desde el principio. Pero esperamos para hacer el tránsito hasta que tuvo 7 años. Gracias a aquel supuesto experto, durante más de 2 años nuestra hija lloró todas las mañanas.”

Desde algunos púlpitos de la Psicología al hablar de transexualidad e infancia, hay quien plantea que “la identidad sexual no es estable y consistente hasta los 7 años de edad”. Y de ahí concluyen que no sería conveniente hacer el *tránsito* antes de esa edad puesto que su identidad todavía no está definida. Y en este razonamiento hay más de una trampa que es necesario desenmascarar.

Lo primero es tener claro algo que ya hemos dicho: una cosa es la identidad sexual (la peculiar manera de ser chica o chico) que va evolucionando a lo largo de toda la vida (por lo tanto, podemos decir que nunca es estable); y otra, la autopercepción del propio sexo (el saberse chico o chica) que, hasta donde sabemos, es inmutable. Por lo tanto, aunque a veces se usa el término identidad sexual para referirse a la autopercepción como chico o chica, cuando se está planteando *si es o no estable* hasta los 7 años, en realidad se está hablando de la autopercepción, y no de la identidad.

Lo segundo sería aclarar a qué se refiere eso de que sea *estable y consistente*. Desde la Psicología se ha estudiado que en la infancia se va adquiriendo la capacidad de reconocer que los objetos poseen características que permanecen invariantes aunque se den transformaciones en su apariencia; por ejemplo, que la redistribución de la materia no afecta a la masa, número, volumen o longitud (si moldeo de manera diferente un mismo trozo de plastilina el volumen no varía). A esta noción Piaget le llamó *conservación*. Esta capacidad se adquiere en la mayoría de niñas y niños hacia los 7 años de edad. Y parece que la conservación en relación al sexo también se da alrededor de esa edad. Es decir, antes de los 7 años, niñas y niños pueden creer, y así lo expresan a veces, que alguien que sea chico, en el futuro pueda ser chica; lo pueden pensar sobre los demás o sobre sí mismos. Pero a partir de esa edad comprenden que el sexo de alguien no cambia con el tiempo: que quien es chico seguirá siendo chico y quien es chica seguirá siendo chica.

Hasta los 7 años pueden hacer afirmaciones del tipo “Soy niño, pero de mayor seré niña”, pero esto no significa que su autopercepción como niño o como niña no sea estable, sino que la *conservación* no ha sido aún adquirida. Es decir, no significa que su sexo pueda cambiar, sino que aún no saben que no puede cambiar. Por ello, usar dicha afirmación para justificar el no acompañar el tránsito no tiene ningún sentido.

6.2 Los datos sobre *desistimientos*

Otra de las falsedades que es necesario desenmascarar es la de los *desistimientos*. La mayor parte de la literatura *científica* sobre cuestiones relacionadas con la transexualidad en la infancia ha sido realizada desde el ámbito psiquiátrico. En la misma se usa, de manera ambigua y muy poco precisa, el desafortunado término *disforia de género* para referirse a la transexualidad, mezclándola con otras realidades, y desde una mirada

patologizante de la misma.

En algunas de esas publicaciones se afirma que no es razonable realizar el *tránsito* en la infancia. Y lo justifican principalmente afirmando que “la mayoría de los niños con *disforia de género* desisten en la pubertad”. Ristori y Steensma³² (2016), por ejemplo, ofrecen un porcentaje de *desistimiento* del 85%, de una muestra total de 317 casos, a partir de una recopilación de estudios de seguimiento cuyos porcentajes de desistimientos varían entre el 60 y el 98%.

Si el porcentaje de desistimientos entre niñas y niños transexuales fuese tan alto ¿cómo puede ser que desde las distintas asociaciones de familias de menores transexuales en el estado español informen de que entre las más de un millar de familias de las que tienen conocimiento no ha habido ni un solo caso de *desistimiento*? Algo no cuadra... Veamos de dónde sale ese 85%.

Una tercera parte de la muestra que se referencia en dicho estudio procede de estudios anteriores a 1987, estudios en los que el criterio para incluir casos en la muestra era tratarse de *niños afeminados*, criterio que no parece muy serio para identificar casos de transexualidad. Los otros estudios recopilados usan los *criterios diagnósticos* de *disforia de género* del DSM. El criterio principal, que en la última versión del DSM-V es considerado criterio *sine qua non*, es formulado así: “the experience of a strong desire to be of another gender or an insistence to be another gender”.

Este criterio mezcla, usando la conjunción disyuntiva “o”, dos realidades bien diferentes:

1. La “vivencia de un intenso *deseo de ser* del otro *sexo*”, que haría referencia a los comportamientos que difieren de las expectativas de género. Por ejemplo, niños a quienes les gusta maquillarse o jugar con muñecas y que, porque se burlan de ellos, muestran malestar y expresan que *desearían* ser niña, porque “si yo fuese niña, me dejarían en paz ser como soy”. Son *niñas masculinas* y *niños femeninos*. Niñas con vulva y niños con pene que viven con mucho malestar las *imposiciones de género* que no van con su forma de ser y expresarse.
2. La “*insistencia en ser* del otro *sexo*”, que haría referencia a la transexualidad. Niñas con pene y niños con vulva que insisten en *ser* del sexo que son (aunque los demás creen y afirmen lo contrario). Si se les da la posibilidad, hacen el *tránsito* para vivir socialmente de manera acorde a su propio sexo.

En la pubertad, las *chicas masculinas* y lo *chicos femeninos* no suelen sentir malestar hacia sus cambios corporales y no demandan ningún tratamiento médico, por lo que dejan de ser *diagnosticados* de *disforia de género*. Son *los que desisten*.

En cambio, las *chicas* y *chicos transexuales* siguen *siéndolo* en la pubertad, es decir, quienes decían “Yo soy del otro sexo” (en realidad, lo que decían era “Yo soy del sexo que soy, y no del que vosotros decís que soy”) lo seguirán diciendo. En muchos casos, ante el malestar generado por el desarrollo de caracteres sexuales secundarios no deseados, demandan tratamientos médicos. Y se les *mantiene el diagnóstico* de *disforia de género*. Son *los que persisten*.

Steensma et al.³³ (2013) estudiando los factores asociados con la *persistencia* y los

32 Ristori J & Steensma TD. 2016. Gender dysphoria in childhood, International Review of Psychiatry.

33 Steensma et al. 2013. “Factors associated with desistence and persistence of Childhood Gender Dyshphoria: A Quantitative Follow-Up Study.” J Am Acad Child Adolesc Psychiatry 52(6):582-90

desistimientos hallan un resultado muy esclarecedor: “Quienes persisten indicaron explícitamente que sentían que eran del otro sexo; quienes desisten indicaron que se identificaban como chicos femeninos o como chicas masculinas que sólo deseaban ser del otro sexo”. Es decir, quienes *desisten* cumplían la primera parte del criterio del DSM (deseo de ser) y los que *persisten* cumplían la segunda (insistencia en ser). El estudio de Steensma muestra asimismo otro dato de gran interés: de los casos de su muestra en los que se hizo en la infancia el *tránsito completo*, ninguno desistió.

Y es que la fuente de la confusión que estamos analizando proviene de esa conjunción disyuntiva del criterio *sine qua non* del DSM que mezcla dos realidades del todo diferentes bajo un mismo *diagnóstico*. En realidad, no es una cuestión de *persistencias* y *desistimientos*, sino en todo caso una cuestión de *criterios diagnósticos* imprecisos que llevan a una errónea *identificación de caso*. Porque los que supuestamente *desisten*, no desisten de nada. Lo que ha sucedido es que les metieron en un *saco* (el de la *disforia de género*) del que posteriormente les sacan. Si hubiesen sido correctamente identificados nos encontraríamos que la tasa de persistencia sería del 100%. Porque quienes *eran transexuales* seguirán siéndolo. Aunque, en realidad, la manera precisa de expresarlo sería decir que quienes eran niñas seguirán siendo niñas y quienes eran niños seguirán siendo niños.³⁴

6.3 Hacia una buena praxis científica

¿Sabemos desde la literatura científica algo de esas niñas y niños a quienes sí se les ha respetado su identidad y han realizado el tránsito? Contamos ya con la primera publicación que empieza a poner un poco de luz sobre ello: Olson et al.³⁵ (2016) en un estudio cuya muestra son 73 niñas y niños de entre 3 y 12 años que *han hecho el tránsito*, encuentran que estas niñas y niños tienen niveles normativos de depresión y niveles de ansiedad sólo un poco más altos que la media; y que tienen índices de psicopatologías internalizadas notablemente más bajos que los que arrojan otros estudios con menores con *disforia de género* que no han hecho el tránsito. Es decir, que los menores transexuales que han realizado el tránsito tienen indicadores de calidad de vida similares a la media, y mucho mejores que los de aquellos que no han hecho el tránsito.

Es necesario emprender proyectos de investigación para estudiar el hecho transexual de manera rigurosa, y desde una mirada *comprensiva*, es decir, que tenga ánimo de *comprender* estas realidades. Para poder así, entre otras cosas, identificarlas correctamente y atender sus necesidades adecuadamente. Para ello, va a ser necesario aceptar que en este momento el conocimiento no está en *la academia*. Que va a ser necesario extraer el conocimiento teórico a partir de la observación de la realidad. Y esta realidad la podemos encontrar en los hogares de las familias que aceptan la identidad sexual de sus hijas e hijos y han posibilitado el tránsito, atendiendo las necesidades que estas niñas y niños están expresando. Va a ser necesario escuchar qué cuentan estas familias, qué es lo que se está viviendo en estos hogares, cómo van creciendo estas niñas y niños, tanto antes como después del tránsito. Para ello, una de las herramientas que más información nos pueda aportar será la recopilación de historias de vida, a partir

34 Las reflexiones presentadas en este apartado han sido publicadas en la Revista Española de Endocrinología: <http://www.endocrinologiapediatrica.org/revistas/P1-E21/P1-E21-S950-A412.pdf>

y en un artículo de divulgación: <http://somospeculiares.com/en-profundidad/reflexiona/transexualidad-en-la-infancia-desenmascarando-la-falsedad-del-80-de-desistimientos>

35 Olson et al. 2016. “[Mental health of transgender children who are supported in their identities](#)”. Pediatrics 137 (3)

de las cuales extraer el conocimiento teórico que nos posibilite comprender esta realidad. Es imprescindible poner en marcha investigaciones que lo hagan posible. En ello se encuentra un equipo de investigación de la Universidad del País Vasco, y esperamos poder ver pronto los resultados de su labor.

7 Reconocimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a las muchas personas con las que voy transitando caminos en este viaje de aprendizaje. A quienes desde la episteme sexológica, han ido desarrollando y compartiendo un discurso comprensivo del hecho transexual que está possibilitando a muchas familias el conocimiento que tan necesario es para poder acompañar esta realidad, especialmente a Joserra Landa y a Almudena Herranz y Samuel Díaz Arrese. A las personas adultas transexuales que he conocido, entre ellas a Ares Piñeiro y, muy especialmente, a Aitzole Araneta que fue para mí un rayo de luz y de esperanza cuando me sentía invadido por el miedo al futuro. A todas las familias de las distintas asociaciones de todo el estado español, que con su existencia y con su labor están consiguiendo poco a poco cambiar esta sociedad, especialmente a aquellas con quienes comparto charlas, llamadas telefónicas, proyectos, ideas, investigaciones..., convencido de que uniendo fuerzas y caminando de la mano se camina no sólo mejor, sino además más lejos. Qué alegría es ver que gota a gota somos un mar. A las familias de esta mi nueva familia, Chrysallis Euskal Herria, por regalarnos la posibilidad de cuidarnos, de sentirnos cerca, de abrazarnos, y especialmente a quienes, en el grupo de coordinación, con tanta ilusión y cariño dedican mucho de su tiempo y esfuerzo para hacer realidad todo aquello que estamos consiguiendo. A Olatz Marcos, madre de mis hijas y compañera de viaje, porque algunas de las ideas más importantes que se recogen en este texto, mucho antes de que yo las elaborase desde lo racional, tienen su origen en sus intuiciones ante la vida. A mis dos hijas con quienes voy aprendiendo, entre otras muchas cosas, a confiar.

A las niñas con pene y los niños con vulva. Porque existen. Porque están aquí. Por abrirnos tantas interrogantes. Por mostrarnos la grandeza de la diversidad. Por mostrarnos que si somos bellos es porque somos únicos.

“Un día estaba con mi hija en el monte. Queríamos hacer pis y no había nadie por allí. Nos pusimos a hacer pis, yo igual que siempre de pie y ella, como había zarzas en el suelo, ese día se puso a hacer pis de pie también. Le dije: ‘¿Sabes? Muchas chicas me han dicho que, en según que situaciones, es un rollo tener que ponerse de cuclillas para hacer pis, y que qué envidia que los chicos podemos mear de pie. ¡Qué suerte tienes tú, cariño! Tú eres una de las pocas chicas que puede hacer pis de pie’. Lo dije, para poner en valor lo que le hacía diferente, pero entonces pensé que quizás lo que ella estaba recibiendo de mis palabras es que era un bicho raro... Así que, intentando arreglarlo, le dije: ‘Pero, bueno, ya sabes que hay más chicas como tú que tienen pene...’ Se quedó pensativa. Me miró con sus grandes ojos, mientras terminaba de hacer pis y me dijo: ‘Si, aita³⁶, pero ¿sabes? A veces me gusta pensar que soy la única...’”

36 “Aita” significa “papá” en euskara (en vasco).